

# Portavoz de la Gracia

NÚMERO 9

## SUSTITUCIÓN

---

*“Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados”*

Isaías 53:5

### Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia de Dios en la salvación y promover santidad verdadera en el corazón y la vida.”*

# Portavoz de la Gracia

9

## Sustitución

### Contenido

El corazón del evangelio .....	3
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
La obra federal de Cristo .....	10
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
El gran intercambio explicado .....	14
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
La obra penal de Cristo .....	22
<i>Arthur W. Pink (1886-1952)</i>	
Un perdón completo .....	31
<i>Octavius Winslow (1808-1878)</i>	
Satisfacción y sustitución bosquejadas .....	39
<i>John Owen (1616-1683)</i>	
La sabiduría de Dios en la sustitución de Cristo .....	44
<i>Jonathan Edwards (1703-1758)</i>	

Publicado por Chapel Library  
*Enviando por todo el mundo materiales centrados en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2013 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

**En todo el mundo:** Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. **In Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

**CHAPEL LIBRARY**  
**2603 West Wright Street**  
**Pensacola, Florida 32505 USA**  
*chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org*

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

*www.chapellibrary.org/spanish*

# EL CORAZÓN DEL EVANGELIO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

*“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. —Efesios 6:4*

**E**l corazón del evangelio es la redención, y la esencia de la redención es el sacrificio sustitutivo de Cristo. Los que predicán esta verdad predicán el evangelio aunque en otros puntos estén equivocados; pero los que no predicán la expiación, sin importar todo lo demás que declaren, han pasado por alto el alma y la sustancia del mensaje divino. En estos días me siento obligado a presentar repetidamente las verdades elementales del evangelio. En tiempos de paz nos sentimos libres para incursionar en aspectos interesantes de la verdad que distan de tratar específicamente este tema, pero ahora tenemos que concentrarnos en esto y vigilar el fuego y los hogares de nuestra iglesia defendiendo *los primeros principios de la fe*. En esta época han surgido, aun en la misma iglesia, hombres que hablan perversidades. Hay muchos que nos molestan con sus filosofías y sus interpretaciones novedosas, los que niegan las doctrinas que profesan enseñar y socavan la fe que se han comprometido a mantener. Es bueno que nosotros, que estamos seguros de lo que creemos y no decimos palabras con significados secretos, nos plantemos y afirmemos nuestra posición, anunciando la Palabra de vida y declarando claramente las verdades fundamentales del evangelio de Jesucristo... No tengo ningún deseo de llegar a ser famoso por otra cosa que por la predicación del evangelio de antaño. Hay muchos que pueden engañarlos, tocando música nueva. En cuanto a mí, me corresponde no tener otra música, en ningún momento, más que la que se escucha en el cielo: “Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre..., a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos” (Apoc. 1:5-6)...

Mis hermanos, he descubierto en mi larga experiencia que nada conmueve el corazón como lo conmueve la cruz de Cristo. Cuando el corazón se ha conmovido y ha sido herido por la espada de dos filos de la Ley, nada cura las heridas como el bálsamo que fluye del corazón traspasado de Jesús. La cruz es vida para el muerto espiritualmente... Cuando vemos que los hombres se vivifican, convierten y santifican por la doctrina del sacrificio sustitutivo, podemos llegar con toda razón a la conclusión de que es la doctrina *verdadera* de la expiación. No he conocido a nadie que haya sido llevado a la nueva vida en Dios y en

santidad excepto por la doctrina de la muerte de Cristo a favor del hombre. Corazones de piedra que nunca antes latieron con vida se han convertido en carne por medio del Espíritu Santo, causándoles que conozcan esta verdad... La historia del gran Amante de las almas de los hombres que se dio a sí mismo para salvación de ellos sigue siendo, en las manos del Espíritu Santo, la fuerza más poderosa en la mente...

**PRIMERO, ENTONCES, CON LA MAYOR BREVEDAD POSIBLE, HABLARÉ DE ESTA GRAN DOCTRINA.** La gran doctrina, la más grande de todas, es esta: Dios viendo a los hombres perdidos en razón de su pecado, ha tomado el pecado de ellos y se los ha cargado a su Hijo unigénito, haciendo que Aquel que no conocía pecado, fuera pecado por ellos. Como consecuencia de esta transferencia del pecado, el que cree en Cristo Jesús es hecho justo y recto, sí, es hecho justicia de Dios en Cristo. Cristo fue hecho *pecado* a fin de que los pecadores pudieran ser *justos*. Esa es la doctrina de la sustitución de nuestro Señor Jesucristo a favor de los hombres culpables.

Consideremos, primero, *quién* fue hecho pecado por nosotros. La descripción de nuestro gran Garante que aquí se presenta abarca solo un punto, y es más que suficiente para esta meditación. Nuestro sustituto era sin mancha, inocente y puro. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”. Cristo Jesús, el Hijo de Dios, se encarnó -se hizo carne-- y anduvo entre los hombres; no obstante que fue hecho similar a la carne pecadora, no conoció pecado. Aunque cargó con el pecado, nunca fue *culpable*. No era, no podía ser pecador, no tenía conocimiento personal del pecado. A lo largo de toda su vida nunca cometió una ofensa contra la gran Ley de la verdad y del bien. La Ley moraba en su corazón. Era su naturaleza ser santo. Podía decirle a todo el mundo: “¿Quién de vosotros me redarguye<sup>1</sup> de pecado?” (Juan 8:46). Aun su juez vacilante preguntó: “¿Qué mal ha hecho?” (Mat. 27:23). Cuando toda Jerusalén fue retada a presentar algún testimonio contra él y fue sobornada para ello, no se encontraron quién lo hiciera. Fue necesario tergiversar sus palabras para que sus enemigos más acérrimos pudieran falsificar cargos contra él. Su vida lo puso en contacto con las dos tablas de la Ley, pero no desobedeció ni siquiera un mandamiento. Así como los judíos examinaban al cordero pascual<sup>2</sup> antes de sacrificarlo, también los escribas y fariseos, los doctores de la Ley y los principales y príncipes examinaron al Señor Jesús sin encontrar en él ninguna ofensa. Era el Cordero de Dios, sin defecto y sin mancha.

---

<sup>1</sup> **me redarguye** – da prueba de mi culpabilidad.

<sup>2</sup> **cordero pascual** – cordero sacrificado durante la celebración de la Pascua judía.

Así como no hubo pecado de comisión, tampoco hubo en nuestro Señor una falta de omisión<sup>3</sup>. Es probable, queridos hermanos, que nosotros que somos creyentes hayamos sido dotados por la gracia divina de modo que nos libramos de cometer la mayoría de los pecados de comisión; pero yo, por ejemplo, tengo que lamentar diariamente los pecados de omisión que cometo. Aun teniendo gracias espirituales, no alcanzamos el nivel que se requiere de nosotros. Si hacemos aquello que en sí es bueno, por lo general manchamos nuestra obra... ya sea por nuestras motivaciones, por la manera de hacerla o por la autosatisfacción que sentimos por ella cuando la hemos acabado. Por una razón u otra, no alcanzamos la gloria de Dios. Olvidamos hacer lo que debemos hacer, o, al hacerlo, somos culpables de tibieza, de confiar en nosotros mismos, de incredulidad o algún otro error grave. Pero no era así con nuestro divino Redentor. No podemos decir que haya habido en su perfecta hermosura algún rasgo deficiente. Era perfecto en su corazón, sus propósitos, sus pensamientos, sus palabras, sus hechos, su espíritu... Ninguna perla ha caído del cordón de plata que es su carácter. Ninguna virtud en particular ha eclipsado ni empequeñecido a las demás: todas sus perfecciones se combinan en perfecta armonía para hacerlo *una perfección incomparable*.

**Tampoco conoció nuestro Señor un pensamiento pecaminoso.** Su mente nunca produjo un deseo o anhelo malo. Nunca hubo en el corazón de nuestro bendito Señor un deseo de placer indebido, ni un deseo de escaparse de ningún sufrimiento o vergüenza que incluía su servicio. Cuando dijo: “Padre mío, si es posible, pasa de mí esta copa” no era que se quisiera librar del trago amargo a costa de la obra perfecta de su vida. Su “si es posible” significaba “si es consecuente con la obediencia total al Padre, y el cumplimiento de su propósito divino”. Vemos la debilidad de su naturaleza disminuyendo y la santidad de su naturaleza resolviendo y venciendo cuando agrega: “pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mat. 26:39). Tomó sobre sí la semejanza de la carne pecadora, pero aunque su carne con frecuencia le causaba cansancio físico, nunca produjo en él la debilidad de pecar. Llevó sobre sí nuestras debilidades, pero nunca mostró una debilidad que tuviera ni siquiera la más mínima culpabilidad. Nunca tuvieron esos ojos santos una mirada de maldad. Nunca salieron de sus labios palabras desatinadas. Nunca anduvieron esos pasos en pos de una misión mala ni se movieron esas manos hacia un acto pecaminoso.

---

<sup>3</sup> **pecado de comisión... omisión** –pecado de *comisión*: cuando uno hace algo prohibido, o algo que es bueno pero lo hace con malas intenciones; pecado de *omisión*: cuando uno no hace lo que sabe que debe hacer porque es un mandato de Dios.

Porque su corazón estaba lleno de santidad y amor en su *interior* al igual que en su *exterior*, nuestro Señor no tenía mancha alguna. Sus deseos eran tan perfectos como sus acciones. Escrutado por los ojos de la Omnisciencia, nunca se encontró en él ni el más mínimo rastro de una falta.

**Efectivamente, no hubo en nuestro Sustituto absolutamente ninguna tendencia hacia el mal en *ninguna* de sus formas.** En nosotros, siempre está esa tendencia, porque tenemos la mancha del pecado original<sup>4</sup>. Tenemos que gobernarnos a nosotros mismos, y ejercer un estricto dominio propio, si no, nos precipitamos hacia la destrucción. Nuestra naturaleza carnal ansía el mal y necesita ser frenada. Feliz es el hombre que puede subyugarse a sí mismo. Pero en cuanto a nuestro Señor, era puro, correcto y cariñoso por su naturaleza. Cada aspecto de su dulce voluntad tendía a lo bueno. Su vida espontánea era santidad en sí: Era “Jesús, el niño santo”. El príncipe de este mundo no encontró en él leña para la llama que deseaba encender. No solo no brotaba ningún pecado de él, sino que no había ningún pecado en él, ni inclinación ni tendencia en esa dirección. Observémoslo en secreto y lo encontramos orando. Miremos su alma, y lo encontramos ansioso por cumplir y sufrir la voluntad del Padre. ¡Ah, el carácter bendito de Cristo! ¡Aunque tuviera la lengua de hombres y de ángeles, no podría yo presentar dignamente su perfección absoluta! ¡Con toda razón puede estar el Padre complacido con él! ¡Muy bien merece que el cielo lo adore!

Amados, era *absolutamente necesario* que cualquiera apto para sufrir en nuestro lugar fuera sin mancha. El pecador merecedor del castigo por sus propias ofensas, ¿qué puede hacer más que cargar con la ira que merece por sus pecados? Nuestro Señor Jesucristo, como hombre, fue puesto bajo la Ley; pero *nada* le debía a esa Ley porque la cumplió a la perfección en todo sentido. Era apto para tomar el lugar de otros porque no estaba bajo ninguna ley. Su compromiso era únicamente con Dios porque había tomado sobre sí voluntariamente el compromiso de ser el Garante y el sacrificio por aquellos que el Padre le dio. Él mismo era inocente, de otra manera no hubiera podido comprometerse con hombres culpables.

---

<sup>4</sup> **pecado original** – P: ¿En qué consiste la pecaminosidad del estado en que ha caído el hombre? R: La pecaminosidad del estado en que ha caído el hombre consiste de la culpabilidad del primer pecado de Adán, la falta de justicia original y la corrupción de toda la naturaleza, lo cual se denomina pecado original, junto con todas las transgresiones que de hecho proceden de él. (Catecismo de Spurgeon, P. 17)

¡Ah, cuánto lo admiro! ¡Que siendo tal como era, sin mancha y tres veces santo, para quien ni los cielos eran puros, y que aun en sus ángeles notó necedad, no obstante se humilló al punto de ser hecho pecado por nosotros! ¿Cómo pudo aguantar ser contado entre los transgresores y cargar el pecado de muchos? Quizá no sea sufrimiento para un pecador vivir entre pecadores, pero ¡qué gran dolor para el puro de corazón morar en compañía de disolutos y licenciosos! ¡Qué sufrimiento sin medida debe haber sido para el Cristo puro y perfecto morar entre los hipócritas, los egoístas y los blasfemos! ¡Cuánto peor que él mismo tuviera que cargar con los pecados de esos culpables! Su naturaleza sensible y delicada ha de haberse retraído aun de la sombra del pecado, y, sin embargo, leamos las siguientes palabras y quedemos pasmados de que: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado”. Nuestro Señor perfecto cargó nuestros propios pecados en su cuerpo en el madero. Él, ante quien el sol mismo es tenue y el azul puro del cielo es profano, fue hecho pecado. No necesito encontrar palabras más acertadas para expresarlo: *El hecho mismo es tan grande que no necesita de ninguna magnificación del lenguaje humano*. Dorar el oro refinado o pintar un lirio sería absurdo, pero mucho más absurdo sería tratar de adornar con palabras floridas las bellezas incomparables de la cruz.

**ESTO ME LLEVA AL SEGUNDO PUNTO... ¿QUÉ FUE LO QUE SE HIZO CON ÉL, QUE NO CONOCIÓ PECADO?** Fue “hecho pecado”. Es una expresión maravillosa: entre más reflexionamos en ella, más nos maravillamos de su fuerza singular. Sólo el Espíritu Santo puede originar semejante lenguaje. Fue sabio que el Maestro divino usara expresiones muy fuertes, porque de otra manera el pensamiento humano no las hubiera captado. Aun ahora, a pesar del énfasis, la claridad y la particularidad del lenguaje usado aquí y en otras partes de las Escrituras, hay hombres tan atrevidos que niegan esa sustitución que enseñan las Escrituras. Con mentes tan cerradas, es inútil argumentar. Resulta claro que tal lenguaje no tiene ningún significado para ellos. Leer el capítulo 53 de Isaías, aceptar que se relaciona con el Mesías, y luego negar su sacrificio sustituto es sencillamente *maldad*. Sería vano razonar con tales cosas. Son tan ciegos que si fueran transportados al sol todavía no podrían ver. Dentro de la iglesia y fuera de la iglesia existe una animadversión mortal en relación con esta verdad. El pensamiento moderno se esfuerza por apartarse de aquello que es obviamente el significado del Espíritu Santo *que el pecado fue quitado del pueblo y cargado al inocente*. Escrito está: “Más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:6). Este es el lenguaje más claro que



se puede usar; pero si uno más claro se necesitase, es este: “Fue hecho pecado por nosotros”.

Dios el Señor cargó sobre Jesús, quien voluntariamente lo aceptó, *todo el peso del pecado humano*. En lugar de que cayera sobre el pecador, quien lo cometió, fue puesto sobre Cristo, quien *no* lo cometió. Y la justicia que Jesús consiguió fue puesta a cuenta del culpable, quien no había trabajado por ella, de modo que el culpable fuera tratado como justo. Los que por naturaleza son culpables son considerados justos, mientras que el que por naturaleza no conocía pecado fue tratado como culpable. Creo que he leído en decenas de libros que la transferencia es *imposible*. Pero esa afirmación no ha tenido ningún efecto sobre mi mente, no me importa si es imposible o no según eruditos incrédulos. Evidentemente es posible para Dios, porque así lo ha hecho. Pero dicen que es contrario a la razón. Eso tampoco me importa. Puede ser contrario al razonamiento de esos incrédulos, pero no es contrario al mío... Dios lo dice y lo creo. Y creyéndolo, encuentro en ello vida y consuelo. ¿Acaso no lo predicaré? *Seguramente* que lo haré... Cristo no era culpable y era imposible hacerlo culpable. Pero fue tratado *como si fuera culpable* porque tuvo la voluntad de tomar el lugar del culpable. Efectivamente, no solo fue tratado como un pecador, sino que fue tratado como si hubiera sido el pecado mismo en lo abstracto. ¡Esta es una afirmación asombrosa! El que no tenía pecado fue hecho pecado.

**El pecado le pesó mucho a nuestro gran Sustituto.** Sintió su peso en el Jardín del Getsemaní, donde era “su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Luc. 22:44). El peso completo lo agobió cuando fue clavado en el ignominioso madero. Allí en las horas de oscuridad cargó infinitamente más de lo que podemos expresar. Sabemos que cargó con la condenación de la boca del hombre, como está escrito: “Fue contado con los pecadores” (Isa. 53:12)... Fue un escarnio cruel que se desató sobre su Persona santa. Esto, vuelvo a decirlo: lo sabemos. Sabemos que sufrió dolores innumerables en su cuerpo y su mente: tuvo sed, clamó en la agonía de haber sido desertado, sangró, murió. Sabemos que entregó su alma hasta la muerte y entregó el espíritu. Pero detrás y más allá de todo esto, había un abismo de sufrimiento sin fondo. La Liturgia Griega<sup>5</sup> habla apropiadamente de sus “sufrimientos desconocidos”. Es probable que para nosotros sean sufrimientos *imposibles de conocer*. Él era Dios y hombre. La Divinidad le otorgó un poder omnipotente a su humanidad, de modo que concentrado dentro de su alma y sobrellevado por ella, había tal angustia que nos es imposible

---

<sup>5</sup> **Liturgia griega** – rituales usados en el culto público de la Iglesia Ortodoxa Griega.

concebir... “Fue hecho pecado”. Reflexionemos en estas palabras. Captemos su significado, si podemos. Los ángeles quieren hacerlo. Miremos dentro de este terrible cristal. Dejemos que nuestra vista se adentre en este opal, en cuyas profundidades de sus piedras preciosas arden llamas de fuego. El Señor hizo que el perfectamente Inocente fuera pecado por nosotros. ¡Eso significa más humillación, tiniebla, agonía y muerte de las que nos podemos imaginar! Produjo una especie de distracción y casi la destrucción al espíritu tierno y manso de nuestro Señor. No digo que nuestro Sustituto haya sufrido el infierno: eso sería injustificable. No digo que sufrió el castigo exacto del pecado ni un equivalente. Pero *sí* digo que lo que sufrió fue para la justicia de Dios una vindicación de su Ley más clara y más eficaz de lo que hubiera sido por la condenación de los pecadores por quienes murió. La cruz es en muchos sentidos una revelación más plena de la ira de Dios contra el pecado humano que aun Tofet<sup>6</sup> y el “humo del tormento que sube por los siglos de los siglos” (Apoc. 14:11). El que quiera conocer el aborrecimiento de Dios por el pecado tiene que ver al Unigénito con su cuerpo sangrando y su alma sangrando hasta la muerte. Tiene que, de hecho, enfocar cada palabra de mi texto y captar su significado más profundo: “Fue hecho pecado por nosotros”. ¡Ah la profundidad del terror, y sin embargo la altura del amor!... ¡Cuán aceptables para Dios han de ser aquellos a quienes Dios mismo hizo que fueran “justicia de Dios en él”! No puedo concebir nada más completo.

Así como Cristo fue hecho pecado aunque nunca pecó, así somos nosotros hechos justicia, aunque no podemos pretender haber sido justos por nuestros propios medios. Aunque somos pecadores, y nos vemos forzados a confesarlo con dolor, el Señor nos cubre tan completamente con la justicia de Cristo que lo único que se ve es su justicia; y somos hechos justicia de Dios en él. Esto se aplica a todos los santos, a todos los que creen en su nombre. ¡Ah, el esplendor de esta doctrina! ¿Puedes verlo, mi amigo? Aunque seas pecador y por ello corrupto, deformado y vil, si aceptas al gran Sustituto que Dios te brinda en la Persona de su Hijo amado, tus pecados han sido apartados de ti y la justicia te ha sido dada. ¡Los pecados fueron cargados a Jesús, el chivo expiatorio! Ya no son tuyos, él te los ha quitado. Te digo que su justicia te ha sido imputada a ti, y aún más digo con el texto, fuiste “hecho justicia de Dios en él”. Ninguna doctrina puede ser más dulce que esta para los que sienten el peso del pecado y la carga de su maldición.

---

<sup>6</sup> **Tofet** – valle de Hinom, donde los judíos sacrificaban a sus hijos a Moloc.

Sermón predicado el domingo por la mañana, 18 de julio de 1886 en el Tabernáculo Metropolitano de Newington, reimpresso por Pilgrim Publications; disponible de Chapel Library en forma de folleto.

**Charles H. Spurgeon** (1834-1892): Pastor inglés; el predicador más leído de la historia (con excepción de los libros de la Biblia). Nació en Kelvedon, Essex, Inglaterra.



## LA OBRA FEDERAL DE CRISTO

**Arthur W. Pink (1886-1952)**

Con el término *federal*<sup>1</sup>, queremos decir que existía una unidad oficial entre el Mediador<sup>2</sup> y aquellos por los cuales mediaba, o dicho sencillamente, que hay una unión legal entre Cristo y su pueblo. “Cuando en el Antiguo Testamento se habla de los escogidos como aquellos con quienes Dios hace un pacto, son vistos como en Cristo y uno con él. El pacto con ellos no se hace sin ayuda ni aparte de Cristo. Esto lo enseña Gálatas 3:16: ‘A Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente’: esta simiente ‘es Cristo’. Los escogidos aquí (al igual que en 1 Cor. 12:12) son llamados ‘Cristo’ por la unión entre Cristo y los escogidos. De un modo similar, cuando se habla de Cristo, por ejemplo en Isaías 42:1-6, como la parte con quien el Padre pacta, los escogidos deben ser vistos como que están en él. Como unidos y unos con él, su sufrimiento expiatorio es considerado como el sufrimiento expiatorio de ellos: ‘Con Cristo estoy juntamente crucificado’ (Gál. 2:20)”<sup>3</sup>.

“Cristo no solo es el Sustituto sino también el Garante de su pueblo. El evangelio se basa en el hecho de que Adán y Cristo son la cabeza y

<sup>1</sup> **federal** – representante legal.

<sup>2</sup> **Mediador** – un intermediario: “Plugo a Dios en su propósito eterno, escoger y ordenar al Señor Jesús, su Hijo unigénito, según el Pacto entre ambos, ser el Mediador entre Dios y el Hombre; el Profeta, Sacerdote y Rey; Cabeza y Salvador de su iglesia, heredero de todas las cosas y juez del mundo: A quien desde toda la eternidad dio un pueblo para ser su semilla, y a su tiempo, por medio de él ser redimido, llamado, justificado, santificado y glorificado. (*Segunda Confesión Bautista de Londres*, 8.1 [es traducción para esta obra])

<sup>3</sup> William Greenough Thayer Shedd (1820-1894), *Dogmatic Theology*, Tomo 2 (New York, NY, Scribner’s Sons, 1891), 361.

representantes del pacto de sus respectivas familias. Por lo tanto, se les denomina ‘primer hombre’ y ‘segundo hombre’ (1 Cor. 15:47), como si no hubiera otros más que ellos, porque los hijos de cada uno dependían enteramente de los que eran su cabeza. En Adán todos mueren, en Cristo todos son resucitados (1 Cor. 15:22). El primer ‘todos’ incluye a cada ser humano, el último ‘todos’ es explicado por el apóstol como siendo ‘de Cristo’ (1 Cor. 15:23)”<sup>4</sup>.

Fue como la Cabeza de sus escogidos que Dios pactó con Cristo de modo que, en un sentido muy real, ese pacto fue hecho con ellos. Esto explica todos esos pasajes que hablan de que los santos son uno con Cristo, y como tal, fueron juntamente “crucificados” con Cristo” (Gál. 2:20), murieron “con Cristo” (Rom. 6:8), fueron “sepultados juntamente con él” como lo simboliza el bautismo bíblico (Rom. 6:4), fueron “resucitados” con él (Col. 2:12; Ef. 2:6), y los “hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Ef. 2:6). Por consiguiente, eran legalmente uno con él y él con ellos en todo lo que hizo para obtener una satisfacción plena para con Dios. Acerca de este punto vitalmente importante, nada mejor que dar una sinopsis de la última sección del capítulo dos de la obra inapreciable de Hugh Martin:

“¿Cómo hemos de formular y establecer la relación que existe entre Cristo y los suyos, como Redentor y redimidos, a menos que nos basemos en la doctrina del Pacto<sup>5</sup>? Es evidente que tenemos que reconocer que *alguna* relación existe entre Cristo y aquellos por quienes muere, de otro modo es imposible concebir la idea de un sacrificio vicario<sup>6</sup>. La posibilidad de una expiación absoluta y real postula y requiere una unión entre el que expía y aquellos a cuya disposición está la expiación. Esto ni siquiera necesita ser comprobado. Y como hay una necesidad absoluta y obvia de *alguna* unión o relación, entonces nuestra búsqueda de *la* unión o relación que realmente existe, no puede terminar satisfactoriamente hasta no haber alcanzado y reconocido la unidad entre los pactantes. La misma razón que demanda una relación queda insatisfecha en tanto se logra *esta* relación”<sup>7</sup>.

---

<sup>4</sup> James Haldane (1768-1851), *The Doctrine of Atonement* (William Whyte & Co., 1845).

<sup>5</sup> Además habiéndose puesto el hombre bajo la maldición de la Ley por su caída, plugo al Señor hacer un Pacto de Gracia por el cual ofrece gratuitamente vida y salvación a los pecadores, por medio de Jesucristo, requiriendo de ellos fe en él, a fin de que sean salvos; y prometiendo dar su Espíritu Santo a todos los que han sido ordenados para vida eterna, para hacerlos dispuestos y capaces de creer. (*Segunda Confesión Bautista de Londres* 7.3 [es traducción para esta obra])

<sup>6</sup> **vicario** – sufrido por una persona en sustitución de otra.

<sup>7</sup> Hugh Martin (1822-1885), *The Atonement: In Its Relations to the Covenant, the Priesthood, the Intercession of Our Lord* (London: James Nisbet, 1870), 30.

No cumple con los requisitos del caso el referirse a la unión entre Cristo y su pueblo, la cual se efectúa en su regeneración por la obra del Espíritu Santo y por medio de la fe que es su don. Es cierto, esto es indispensable antes de que alguien pueda disfrutar algunas de las bendiciones del intercambio. Pero tuvo que haber una relación entre Cristo y su pueblo *antes* de rescatarlos. Tampoco cumple con los requisitos del caso haciendo una referencia a la Encarnación. Es cierto, el Redentor tiene que hacerse carne y sangre antes de poder redimir, no obstante, tiene que existir un lazo de unión más íntimo que el que Cristo tiene tanto con los salvos como con los no salvos. Él socorrió a la “descendencia de Abraham” (Heb. 2:16), ino a la “descendencia de Adán”! Ni es suficiente decir que la relación es la de garantía y sustitución, porque todavía es necesario responder a la pregunta: “¿Qué fue lo que hizo correcto y justo que el Hijo de Dios sufriera por otros, que el Santo fuera hecho pecado?” Es a este punto que el interrogante tiene que limitarse.

**Cristo fue el Garante de su pueblo porque fue su *Sustituto*.** Actuó para beneficio de ellos porque se puso en el lugar de ellos. La relación de un sustituto *justifica* la garantía, pero ¿qué justifica la sustitución? Hay una bisagra sobre la cual gira todo. Coincidimos totalmente con el Dr. Martin cuando dice: “No podemos obtener ninguna satisfacción en este punto, ninguna respuesta que sea suficiente para esta pregunta, y por ende, ninguna conclusión satisfactoria para toda nuestra línea de investigación, hasta que salga a luz la doctrina de la unidad del pacto eterno. Esta es la grandiosa relación fundamental. Esta es grandiosa unión principal entre el Redentor y los redimidos que vale y es responsable de todo lo demás con respecto a la relación que puede ser declarada como cierta. ‘Porque el que santifica y los que son santificados, de uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos’ (Heb. 2:11)... Él es sustituido *por* nosotros, porque es uno *con* nosotros, se identifica con nosotros y nosotros con él”<sup>8</sup>.

Motivado por un amor infinito, Cristo como Dios-hombre aceptó libremente los términos del Pacto Eterno que se le propuso y voluntariamente asumió todas las obligaciones legales de su pueblo. Como su Cabeza, vino al mundo, vivió, sufrió y murió como su Representante vicario. Obedeció y sufrió como su Sustituto. Por su obediencia y sus sufrimientos, cumplió todas las obligaciones que eran de ellos. Sus sufrimientos remitieron la pena de la Ley, y su obediencia ameritó bendiciones infinitas para ellos. Romanos 5:12-19 afirma explícitamente que los escogidos de Dios son legalmente “hechos

---

<sup>8</sup> Martin, *Atonement*, 35.

justos” precisamente sobre la base del mismo principio por el cual fueron en un principio “hechos pecadores”. “Nuestra unión con Cristo es del mismo orden e incluye la misma clase de efectos como la de nuestra unión con Adán. La llamamos tanto una unión *federal* como *vital*. Otros pueden llamarla como quieran, pero no obstante seguirá siendo cierto que es de tal naturaleza que involucra una identidad de relaciones legales, y obligaciones y derechos recíprocos”<sup>9</sup>. “Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos” (Rom. 5:19), “hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21).

Hace más de mil años, Agustín<sup>10</sup> dijo: “Tal es la íntima relación de esta unión trascendental, que oímos las voces de los miembros sufriendo cuando sufrieron en su Cabeza y clamaron a través de la Cabeza en la cruz: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’ (Mat. 27:46). Y similarmente, escuchamos la voz de la Cabeza sufriendo cuando sufrió en sus miembros y clamó a gran voz a su perseguidor camino a Damasco: ‘Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?’ (Hech. 9:4)”.

La relación federal de Cristo con su pueblo fue real, en base a ella el Dios infalible consideró justo castigar a Cristo por los pecados de su pueblo y acreditarles a ellos su justicia, y de esta manera satisfacer completamente todas las demandas de la Ley que había sobre ellos. Como resultado de esa unión, Cristo era en todas las cosas “semejante a sus hermanos” (Heb. 2:17), siendo “contado con los pecadores” (Isa.53:12). Ellos a su vez son “miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Ef. 5:30). En consecuencia de esta unión federal, Cristo es “espíritu vivificante<sup>11</sup>” (1 Cor 15:45), de modo que, a su tiempo, cada integrante de su pueblo pasa a ser un miembro viviente y vital del cuerpo espiritual del cual él es la Cabeza (Ef. 1:19-23).

Por lo tanto, la relación entre Cristo y aquellos que se benefician de su Expiación no fue algo impreciso, indefinido, casual, sino que consistió de una verdadera unidad por el pacto, una identidad legal, una unión vital. La garantía lo presupone. La sustitución estricta lo demanda. La imputación real procede en base a ella. El castigo que Cristo sufrió no podía serle infligido de otra manera. Aquellos para

---

<sup>9</sup> Archibald Alexander Hodge (1823-1886), *The Atonement* (Philadelphia, Penn.: Presbyterian Board of Publication, 1867), 205.

<sup>10</sup> **Agustín Aurelio, Obispo de Hipona (354-430)** – teólogo de la iglesia primitiva considerado por algunos como el padre de la teología ortodoxa; nacido en Tagaste, África del Norte.

<sup>11</sup> **vivificante** – que da vida.

quienes se cumplió la Satisfacción, por necesidad inevitable, comparten sus beneficios y reciben lo que fue adquirido para ellos. Esto de por sí contesta la objeción de la injusticia del sufrimiento del Inocente por el culpable, porque solo ello explica la transferencia de los sufrimientos y méritos de Cristo a favor de los redimidos.

*De Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras), reimpresso por Chapel Library.

**A.W. Pink** (1886-1952): Pastor, maestro itinerante de Biblia; nacido en Gran Bretaña, emigró a los Estados Unidos, regresando a su patria en 1934; nacido en Nottingham, Inglaterra.



## EL GRAN INTERCAMBIO EXPLICADO

**Charles H. Spurgeon (1834-1892)**

*“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. —2 Corintios 5:21*

**L**es traigo ahora... la gran filosofía de la salvación, el misterio escondido, el gran secreto, el maravilloso descubrimiento que el Evangelio trae a luz: cómo Dios es justo y aun así el justificador de los impíos (Rom. 3:26). Volvamos a leer el texto para luego proceder a discutirlo... “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Notemos la doctrina... Hay tres personas mencionadas en el texto. “Al que no conoció pecado (*Cristo*), [*Dios*] lo hizo pecado por nosotros (*los pecadores*) para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”. Antes de poder comprender el plan de salvación, nos es necesario conocer algunas cosas acerca de estas tres personas. A menos que las comprendamos en alguna medida, para nosotros, la salvación nos resulta imposible.

1. **EL PRIMERO: DIOS.** Sepan todos lo que Dios es. Dios es un Ser muy diferente de lo que algunos suponen. El Dios del cielo y de la tierra, el Jehová de Abraham, Isaac y Jacob, Creador y Preservador, el Dios de las Sagradas Escrituras y el Dios de toda gracia, no es el Dios

que algunos se fabrican y adoran. ¡Hay quienes en este país, supuestamente cristiano, adoran a un dios que nos es más Dios que lo son Venus<sup>1</sup> o Baco<sup>2</sup>! Un dios fabricado según su parecer, uno ni de piedra o madera, sino formado por sus propios pensamientos, de una materia prima tan baja que ni siquiera un pagano hubiera intentado usarla. El Dios de las Escrituras tiene tres grandes atributos, todos ellos implícitos en el texto.

**El Dios de las Escrituras es un Dios soberano.** Es decir, es un Dios que tiene autoridad absoluta y poder absoluto para hacer exactamente lo que le plazca. Por sobre Dios no hay ninguna ley, ni en él ninguna obligación. No conoce otro gobierno sino el de su voluntad libre y poderosa. Aunque no puede ser injusto y no puede hacer nada que no sea bueno, su naturaleza es absolutamente libre, porque la bondad es la prerrogativa de la naturaleza de Dios. Dios no puede ser controlado por la voluntad del hombre, los deseos del hombre ni por el destino en el que cree el supersticioso. Él es Dios, haciendo lo que es su voluntad en las huestes del cielo y en este mundo terrenal. Él es, también, el que no le rinde cuentas a nadie acerca de sus asuntos. Hace a sus criaturas lo que escoge hacerlas y hace con ellas lo que le place. Si alguno resiente sus acciones, les dice: “Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios? ¿Dirá el vaso de barro al que lo formó: ¿Por qué me has hecho así? ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro, para hacer de la misma masa un vaso para honra y otro para deshonra?” (Rom. 9:20-21). Dios es bueno, pero Dios es *soberano*, absoluto, no existe nada que pueda controlarlo. El monarca de este mundo no tiene una monarquía constitucional y limitada. No es tirana, pero está totalmente en las manos de un Dios omnipotente. Y lo recalco: no está en las manos de nadie más que las de él... Este es el Dios de la Biblia. Este es el Dios que adoramos. No es un Dios débil, pusilánime, controlado por la voluntad del hombre, que no puede gobernar la barca de la providencia, sino un Dios inalterable, infinito y sin fallas. Este es el Dios que adoramos: Un Dios tan infinitamente superior a sus criaturas, tan superior como los pensamientos más superiores que puedan existir, y aun más superior que ellos.

**Además, el Dios mencionado aquí es un Dios de justicia infinita.** Que es un Dios soberano, lo compruebo por las palabras que dicen que a Jesús lo hizo pecado. No podía haberlo hecho si no hubiera sido soberano. Que es un Dios justo, lo infiero de mi texto, dado que el camino de salvación es un plan maravilloso para satisfacer la justicia. Y

---

<sup>1</sup> **Venus** – mitología romana: diosa del amor y la belleza física.

<sup>2</sup> **Baco o Dionisio** – mitología griega y romana: dios del vino y del éxtasis.



declaramos ahora que el Dios de las Sagradas Escrituras es un Dios de justicia inflexible. No es el dios que algunos de ustedes adoran. Adoran a un dios que hace la vista gorda a pecados grandes. Creen en un dios que llama pecadillos y faltas pequeñas a sus delitos. Algunos de ustedes adoran a un Dios que no castiga el pecado, sino que es misericordioso por debilidad, y tan eternamente débil que hace caso omiso de las transgresiones e iniquidades y nunca las castiga. Creen en un dios quien, si el hombre peca, no demanda castigo por su ofensa. Piensan que un puñado de buenas obras lo calmará, que es un gobernante tan débil que unas pocas palabras dichas delante de él en oración les dará suficientes méritos para revertir la sentencia, si en efecto creen que alguna vez dictará una sentencia. El dios de ustedes *no* es ningún Dios... El Dios de la Biblia es tan severo como si no fuera misericordioso, y tan justo que pareciera que no conociera lo que es la gracia; pero por otro lado es tan generoso con su gracia y misericordia que parecería que no fuera justo. Y un pensamiento más aquí con relación a Dios, sin el cual no podemos establecer nuestra discusión sobre una base segura.

**El Dios mencionado aquí es un Dios de gracia.** ¡No creo contradecirme al decir esto! El Dios inflexiblemente severo y que nunca perdona el pecado sin castigar es, no obstante, un Dios de amor ilimitado. Aunque como Gobernante castiga, siendo el Dios-Padre, le place bendecir. “Vivo yo, dice Jehová el Señor, que no quiero la muerte del impío, sino que se vuelva el impío de su camino, y que viva” (Eze. 33:11). Dios es amor en su máxima expresión. Es amor expresado con aún más amor. El amor no es Dios, pero Dios *sí* es amor. Está lleno de gracia; es la plenitud de misericordia, se deleita en la misericordia. Como son más altos los cielos que la tierra, así son sus pensamientos de amor más altos que nuestros pensamientos de desconsuelo; y sus sendas de gracia más que nuestras sendas de temor. Este Dios, en quien estos tres atributos —soberanía ilimitada, justicia inflexible y gracia insondable— armonizan y componen los atributos principales del Dios único de los cielos y de la tierra, es el Dios a quienes los cristianos adoran. Es *este* Dios ante quien hemos de comparecer. Él fue el que hizo que Cristo fuera pecado por nosotros, aunque no conocía pecado. Esta es la presentación que hacemos de la primera persona.

**2. LA SEGUNDA PERSONA DE NUESTRO TEXTO ES EL HIJO DE DIOS,** Cristo, quien no conoció pecado. Es el Hijo de Dios, engendrado del Padre antes de todos los mundos; engendrado, pero no hecho; siendo igual al Padre, teniendo los mismos derechos, coeterno y coexistente. ¿Es el Padre todopoderoso? Igual de todopoderoso es el Hijo. ¿Es el Padre infinito? Igual de infinito es el Hijo. Es Dios verdadero del

verdadero Dios, teniendo una dignidad no inferior al Padre, sino siendo igual a él en todo sentido, ¡Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos! (Rom. 9:5). Jesucristo es también el hijo de María, un hombre similar a nosotros; un hombre sujeto a todas las debilidades de la naturaleza humana, excepto las debilidades del pecado; un hombre de sufrimiento y de aflicción, de dolores y padecimientos, de ansiedades y temores, de angustias y de dudas, de tentaciones y de pruebas, de debilidad y muerte. Fue un hombre como nosotros, carne de nuestra carne y huesos de nuestros huesos.

Ahora, la Persona que quiero presentarles es este ser complejo: Dios y hombre. No Dios *humanizado*, ni hombre *deificado*, sino Dios, pura y esencialmente Dios; hombre, puramente hombre; hombre, no más que hombre; Dios, no menos que Dios; los dos juntos en una unión sagrada: el Dios-Hombre... Nuestro texto dice que no conoció pecado. No dice que no *cometió* pecado. Eso ya lo sabemos. Aquí dice más que eso: No *conocía* pecado. No sabía lo que era el pecado. Lo veía en los demás, pero no lo conocía por experiencia. Le era totalmente extraño. No dice solo que en su corazón no había pecado, sino que *no lo conocía*. No era ningún conocido de él. Él era un conocido del dolor, pero no era un conocido del pecado. No conocía ningún pecado de ninguna clase, ningún pensamiento pecaminoso, ningún pecado de nacimiento, ninguna transgresión original ni en la práctica; Cristo jamás cometió un pecado con su lengua ni con sus manos. Era puro, perfecto, sin mancha, como su propia divinidad, sin mancha ni imperfección, ni nada semejante. Esta Persona llena de gracia es la que menciona el texto... Ahora tengo que presentarles a la tercera persona: No la voy a defender mucho.

**3. LA TERCERA PERSONA ES EL PECADOR.** ¿Y dónde está? Cada uno de ustedes, ¿puede mirar dentro de sí mismo y buscarlo? No estará muy lejos. Ha sido un alcohólico, se ha embriagado, ha andado de juerga y cometido otras acciones parecidas. Sabemos que el hombre que comete estas cosas no tiene herencia en el reino de Dios. Existe aquel otro, él ha tomado el nombre de Dios en vano... ¡Ah! *Allí* está el pecador. ¿Dónde está? Lo veo con lágrimas en los ojos, lo oigo exclamar entre sollozos: “¡Señor, aquí estoy!” Me parece ver a una mujer entre nosotros. Algunos quizá la hayamos acusado, y allí esta parada sola, temblando y sin decir nada para defenderse ¡Oh! que el Maestro diga: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11). Creo, tengo que creer, que entre tantos miles, escucho un corazón palpitante. Y ese corazón, acompaña con sus rápidos latidos su clamor: “Pecado, pecado, pecado, ira, ira, ira, ¿cómo puedo conseguir liberación?” ¡Ah! *Tú* eres aquel hombre, rebelde de nacimiento. Nacido en el mundo como un

pecador, has sumado a esto la culpabilidad de tus propias transgresiones. Has quebrantado los mandamientos de Dios, has despreciado el amor de Dios, has pisoteado su gracia, y has seguido así hasta ahora; la flecha del Señor te está debilitando. Dios te ha hecho temblar. Te ha hecho confesar tu culpa y tu transgresión. Escúchame, entonces, si tus convicciones son la obra del Espíritu de Dios: tú eres la persona a quien va dirigida el texto cuando dice: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros” sí, *tú*, “fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

**He presentado a las personas, y ahora debo presentar la escena del *gran intercambio* que tiene lugar según el texto.** La tercera persona que presentamos es el prisionero ante el tribunal. Dios lo ha llamado como pecador para que comparezca ante él. Se dispone a juzgarlo para vida o para muerte. En su gracia, Dios quiere salvarlo. Dios es justo, y tiene que castigarlo. El pecador será juzgado. Si el veredicto es en su contra, ¿cómo obrarán estos dos atributos conflictivos en la mente de Dios? Él ama, quiere salvarlo. Él es justo, itiene que destruirlo! ¿Cómo se develará este misterio y cómo se resolverá este rompecabezas? Prisionero ante el tribunal, ¿puedes declararte “No culpable”? Permaneces mudo, o si hablas, exclamas: “¡Soy culpable!”

Entonces, si se ha declarado culpable, no hay esperanza de que haya alguna falla en la evidencia. Aun si se ha declarado “no culpable”, las evidencias son muy claras. Dios el Juez ha visto su pecado y registrado todas sus iniquidades, por lo que no habría ninguna posibilidad de escapar. Es seguro que el prisionero será encontrado culpable. ¿Cómo puede escapar de su culpa? ¿Hay algún error en los cargos en su contra? ¡No! Han sido redactados por la sabiduría infinita y dictaminados por la justicia eterna. Aquí no hay nada de esperanza... ¿Cómo, entonces, podrá escapar el prisionero ante el tribunal? ¿Existe posibilidad *alguna*? ¡Ah! ¡Qué intrigado está el cielo! ¡Qué inmóviles permanecen las estrellas en su asombro! ¡Cómo interrumpieron por un instante los ángeles su canto cuando por primera vez Dios mostró como podía ser justo y también extender su gracia! ¡Ah! Me parece percibir que el cielo está *consternado* y que hay silencio en el tribunal de Dios por espacio de una hora, cuando el Todopoderoso dice: “¡Pecador, tengo que castigarte y lo haré debido a tu pecado! Pero te amo, con amor entrañable. Mi justicia dice: ‘Hiere’, pero mi amor detiene mi mano, y dice: ‘¡Absuélvelo, absuelve al pecador!’ ¡Oh, pecador! ¡Mi corazón ha concebido cómo hacerlo! Mi Hijo, el puro y perfecto comparecerá en tu lugar y será declarado culpable, y tú, el culpable, itomarás el lugar de mi Hijo y serás declarado justo!”

¡Saltaríamos de asombro si pudiéramos entender esto totalmente, el misterio maravilloso de la transposición<sup>3</sup> de Cristo y el pecador! Lo diré más claramente para que todos puedan comprender: Cristo era sin mancha, los pecadores eran viles. Cristo dice: “Padre mío, trátame a mí como si *yo* fuera un pecador. Trata al pecador como si él fuera *Yo*. Hiéreme todo lo que quieras, porque yo lo soportaré. De este modo el [corazón] de tu amor podrá desbordarse de gracia, y no obstante tu justicia será perfecta, porque el pecador ahora ya no es pecador”. Ahora ocupa él el lugar de Cristo, y vestido con las vestiduras del Salvador, es aceptado.

¿Dirán ustedes que un intercambio como este es injusto? ¿Dirán que Dios no debió haber hecho que su Hijo fuera un sustituto por nosotros y que no debió dejarnos en libertad? Les recuerdo que la sustitución fue puramente *voluntaria* de parte de Jesús. Cristo estuvo dispuesto a ocupar nuestro lugar. Tuvo que beber la copa de nuestro castigo, pero estuvo muy dispuesto a hacerlo. Deseo contarles una cosa más inaudita: la sustitución de Cristo no fue contra la ley porque fue el *Dios soberano* quien lo hizo un sustituto... la sustitución fue hecha por la máxima autoridad. El texto dice que Dios “por nosotros lo hizo pecado”, y el que Cristo tomara nuestro lugar no fue un intercambio ilegal. Fue con el consejo determinante del Dios todopoderoso, al igual que por su propio consentimiento, que Cristo tomó el lugar del pecador, así como el pecador ahora toma el lugar de Cristo... el pecador es tratado como si fuera Cristo, y Cristo tratado como si fuera pecador. Eso es lo que el texto significa: “Al que no conoció pecado, por nosotros [Dios] lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Les daré [una ilustración] de esto... tomada del Antiguo Testamento. Cuando en la antigüedad los hombres se presentaban ante Dios con pecado, Dios proveía un sacrificio que venía a ser representativo de Cristo, ya que el sacrificio moría en lugar del pecador. La Ley decía: “el que pecare morirá”. Cuando alguien cometía un pecado, traía un novillo o una oveja ante el altar. El que había pecado colocaba la mano sobre la cabeza del animal y admitía su culpa. Por ese acto, su culpa era típicamente quitada de él, la cual pasaba al animal. Entonces el pobre animal que no había hecho nada malo, era sacrificado y echado en el fuego como una ofrenda por el pecado que Dios había rechazado. Esto es lo que cada pecador tiene que hacer con Cristo si ha de ser salvo. El pecador por fe viene y coloca su mano sobre la cabeza de Cristo. Al confesar todo su pecado, ya deja de ser de él, se

---

<sup>3</sup> **transposición** – alterar el orden.

le carga a *Cristo*. Cristo cuelga del madero. Sufre la muerte de cruz y el oprobio, de modo que todo el pecado se ha ido y ha sido arrojado a las profundidades del mar... Ahora, todo aquel que cree en Cristo Jesús tiene paz con Dios porque: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”.

Ahora, terminaré mi explicación del texto pidiéndoles sencillamente que recuerden las consecuencias de esta gran sustitución. Cristo fue hecho pecado. Nosotros somos hechos justicia de Dios. Fue en el pasado, mucho antes aun de lo que pueden recordar los ángeles... El Padre y el Hijo hicieron un pacto eterno, en el que el Hijo estipulaba que sufriría por sus escogidos. El Padre por su parte, pactó justificarlos por medio de su Hijo. ¡Oh, maravilloso pacto, tú eres la fuente de todas las corrientes del amor expiatorio! La eternidad siguió su curso, comenzó el tiempo y con este, pronto llegó la Caída. Después de muchos años, llegó el cumplimiento del tiempo, y Jesús se preparó para cumplir su compromiso solemne. Vino al mundo y fue hecho hombre. Desde ese momento, cuando fue hecho hombre, notemos el cambio en él. Antes, había sido totalmente feliz. Nunca se había sentido abatido, nunca triste. Pero ahora se inician los efectos de aquel terrible pacto que había hecho con Dios: su Padre comienza a descargar sobre él su ira.

“¡Cómo!” dicen ustedes. “¿De verdad considera Dios a su Hijo como pecador?” Sí, lo hace. Su Hijo acordó ser el sustituto, tomar el lugar del pecador. Dios comienza con él cuando nació. Lo pone en un pesebre. Si lo hubiera considerado un hombre perfecto, le hubiera provisto un trono. Pero considerándolo pecador, lo sujeta a aflicciones y pobreza desde principio hasta el fin. Ahora, véanlo ya adulto. Véanlo, los sufrimientos lo persiguen, también las aflicciones. Sufrimiento, ¿por qué persigues al Perfecto? ¿Por qué persigues al Inmaculado? Justicia, ¿por qué no ahuyentas estos sufrimientos?... Llega la respuesta: “Este hombre es puro, pero se ha hecho impuro al cargar con los pecados de su pueblo”. Es imputado como culpable y la propia imputación de culpabilidad hace aflorar el sufrimiento en toda su realidad. Al fin, veo venir la muerte con más de sus acostumbrados horrores. Observo al nefasto esqueleto con su dardo bien afilado. Detrás de él veo el Infierno. Observo subir de su lugar de tormento al nefasto príncipe de las tinieblas y a todos sus vengadores. Los observo atacando al Salvador. Observo su terrible lucha con él en el jardín. Lo veo a él, tirado allí revolcándose en su sangre, temeroso de la muerte del alma. Lo veo dolido y triste. Camina hacia tribunal de Pilato. Observo cómo se burlan de él y cómo lo escupen. Lo contemplo atormentado, maltratado y blasfemado. ¡Lo veo clavado en la cruz! Observo que las

burlas continúan y que la vergüenza sigue con toda intensidad. ¡Me doy cuenta que tiene una sed desesperante, y lo escucho quejarse porque Dios lo ha abandonado! ¡Estoy consternado! ¿Puede ser esto *justo*, que un ser perfecto sufra de este modo? Oh Dios, ¿dónde estás que permites de este modo la opresión del inocente? ¿Has dejado de ser el Rey de Justicia? Si no, ¿por qué no proteges al Perfecto? La respuesta llega: “Silencio. Él es perfecto en sí mismo, pero ahora *él* es pecador. Está ocupando el lugar del pecador. La culpa del pecador está sobre él; por lo tanto, es correcto, es justo, es lo que él mismo acordó hacer, ser castigado como si fuera un pecador, y ser rechazado, morir y descender al Hades sin bendición, sin consuelo, sin ayuda, sin honor y sin dueño. Este fue uno de los efectos del Gran Intercambio que Cristo hizo.

Ahora consideremos el otro aspecto de la pregunta, y con esto termino mi explicación. ¿Cuál fue el efecto en nosotros? ¿Vemos a aquel pecador jugando con la lascivia, ensuciando sus vestiduras con todos los pecados en que la carne ha caído? ¿Lo escuchamos maldecir a Dios? ¿Lo notamos desobedeciendo cada ordenanza que Dios considera sagrada? ¿Lo vemos después buscando su camino al cielo? Ha renunciado a estos pecados. Se ha convertido y ya no los comete. ¡Va camino al cielo! Justicia, ¿estás dormida? ¡Ese hombre ha quebrantado tu Ley! ¿Merece ir al cielo? ¡Escuchen como los demonios salen de las profundidades y claman: “¡Ese hombre merece estar perdido! ¡Quizá no sea ahora lo que era antes, pero sus pecados del pasado deben ser vengados!” Pero allá va seguro camino al cielo, y lo veo mirando hacia atrás a los demonios que lo acusan. Exclama: “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica” (Rom. 8:33). Y cuando nos parece que todo el infierno se levantaría y lo acusaría, el tirano nefasto guarda silencio. ¡Los demonios nada tienen que decir! Lo veo levantando su rostro al cielo al trono de Dios, y lo oigo clamar: “¿Quién es el que condena?”... ¡Ah! Justicia, ¿dónde estás? Este hombre ha sido un pecador, un rebelde. ¿Por qué no lo *golpeas* hasta caer en el polvo? “No”, dice la Justicia, “él ha sido un pecador, pero yo ahora no lo veo así. He castigado a Cristo en su lugar. Ese pecador ya no es pecador: es perfecto”. ¿Como? ¿Perfecto? *Perfecto*, porque Cristo fue perfecto. Lo veo como si fuera Cristo... Este, para los pecadores, es el maravilloso resultado del Gran Intercambio.

De un sermón predicado el domingo por la mañana, 19 de julio, 1857,  
en el Music Hall, Royal Surrey Gardens.



# LA OBRA PENAL DE CRISTO

Arthur W. Pink (1886-1952)

**L**a Biblia enseña claramente que Dios es santo y justo, y que “justicia y juicio” —no “amor y pureza”— son el cimiento del “trono” de Dios (Sal. 89:14). Por lo tanto, existe aquello en la Esencia Divina que aborrece el pecado por su pecaminosidad intrínseca, tanto con respecto a la contaminación como la culpabilidad. Las perfecciones de Dios se hacen notar, entonces, por lo que prohíbe y por lo que castiga. Juró que “el alma que pecare, esa morirá” (Eze. 18:4). Por lo tanto, a fin de ofrecer una satisfacción total a Dios, el pecado tiene que ser castigado; la pena de la Ley debe ser aplicada. En consecuencia, como Salvador de su Iglesia, Cristo tuvo que sufrir como sustituto, la condenación de la Ley.

**Lo que ahora trataré de mostrar es que los sufrimientos y la muerte de Cristo fueron el precio pagado a favor de la justicia divina por los pecados de su pueblo.** La palabra precio que aparece en nuestra Biblia es una traducción equivalente a la palabra hebrea para *expiación*. “Y no tomaréis precio por la vida del homicida, porque está condenado a muerte, indefectiblemente morirá. Ni tampoco tomaréis precio del que huyó a su ciudad de refugio, para que vuelva a vivir en su tierra, hasta que muera el sumo sacerdote” (Núm. 35:31-32).

La profunda humillación a la que fue sujeto el Hijo de Dios al tomar la forma de siervo, siendo hecho “en semejanza de carne de pecado”, fue una imposición judicial impuesta por el Padre, pero a la cual se sometió voluntariamente. La finalidad misma de su humillación, su obediencia y sus sufrimientos es penal<sup>1</sup>, porque era para satisfacer las demandas de la Ley de Dios sobre su pueblo. Al “nacer bajo la ley” (Gál. 4:4), Cristo se sujetó a todo lo que la Ley ordena: “Pero sabemos que todo lo que la ley dice, lo dice a los que están bajo la ley” (Rom. 3:19), lo cual significa que la Ley requiere el cumplimiento de sus estipulaciones. “Cristo, en *nuestro lugar*, por su acción y sufrimiento satisfizo la justicia divina... la legislativa, la punitiva y la vengativa<sup>2</sup> a la perfección, cumpliendo la justicia y rectitud de la Ley, que esta

---

<sup>1</sup> penal – sujeto al castigo bajo la ley.

<sup>2</sup> legislativa... punitiva... vengativa... Los aspectos legales, punitivos y vengativos de la justicia.

requería a fin de otorgarnos impunidad<sup>3</sup> y de que tengamos derecho a la vida eterna”<sup>4</sup>.

“Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos” (1 Ped. 3:18). No debemos limitar esta referencia a lo que Cristo sufrió a manos de Dios mientras estaba en la cruz, ni a todo lo que pasó ese día y la noche anterior. ¡Cuidado con limitar la Palabra de Dios! No. Aquí se incluye la *totalidad* de su humillación. *Toda la vida de Cristo fue de sufrimientos*. Por eso fue llamado “Hombre de dolores”, no meramente “dolor”. Desde su nacimiento hasta su muerte, el sufrimiento y el dolor lo señalaron como su Víctima legítima. Siendo un infante, fue obligado a ir al exilio para escapar de la furia de los que querían quitarle la vida. Eso no fue más que un precursor profético de toda su vida humana. La copa del sufrimiento, que comenzó a beber en Belén, la siguió bebiendo hasta la última gota amarga en el Calvario.

**Soportó toda variedad de *sufrimientos*** Padeció la *pobreza* en su expresión más grave. Nacido en un establo, sin ser dueño de ninguna cosa material sobre la tierra, dependiendo de la caridad de los demás (Luc. 8:3), estando muchas veces situado aún más bajo que las órdenes inferiores de la creación (Mat. 8:20). Sufrió los reproches más amargos. Las acusaciones más malignas, las difamaciones más viles, los sarcasmos más hirientes se dirigieron contra su persona y su carácter. Lo insultaron por ser glotón, bebedor de vino, impostor, blasfemo y diablo. Por ello lo escuchamos clamar: “El escarnio ha quebrantado mi corazón” (Sal. 69:20). Sufrió la experiencia de la tentación en toda su malignidad. El príncipe de las tinieblas lo atacó con todo su ingenio y poder, causando que lo atacaran sus legiones infernales, arremetiendo contra él como “toros de Basán”, como leones rapaces y rugientes (Sal. 22:12-13). Sobre todo, sufrió la ira de Dios, de modo que estaba “muy triste, hasta la muerte” (Mat. 26:38), “en agonía” (Luc. 22:44), y, por último “abandonado por Dios”.

¿Cuál, pues, es la explicación de estos “sufrimientos” sin paralelos? ¿Por qué fue seguida esta obediencia totalmente perfecta por el castigo más terrible? ¿Por qué esta santidad inmaculada fue visitada por la angustia indecible? David declaró: “Y no he visto justo desamparado” (Sal. 37:25). ¿Por qué, pues, fue el Justo abandonado por Dios? Hay una sola respuesta posible. Solo una respuesta abarca totalmente todos los hechos del caso. Solo una respuesta absuelve al gobierno de Dios. Al

---

<sup>3</sup> **impunidad** – libre de castigo.

<sup>4</sup> Herman Witsius (1636-1708), *The Economy of the Covenants between God and Man*, Tomo 1, (Edinburgh: Thomas Turnbull), 207.



tomar el lugar de los pecadores ofensores, *Cristo se vio obligado a cumplir todo lo que en realidad era responsabilidad de ellos*. Esto involucraba cargar con los pecados *de ellos*, ser cargado con *su culpa*, sufrir el castigo *de ellos*. En consecuencia, Dios lo trató como el representante de su pueblo criminal, infligiéndole todo lo que los pecados de ellos merecían. Como el Sustituto que cargaba el pecado de su pueblo, Cristo fue expuesto justamente a todas las consecuencias terribles de la manifestación del desagrado de Dios.

En la antigüedad se postuló la pregunta: “¿qué inocente se ha perdido?” (Job 4:7), a la cual podemos contestar sin la más mínima vacilación: “Nadie”. Dios nunca ha herido ni nunca herirá al inocente. Por lo tanto, antes de que su ira punitiva pudiera caer sobre Cristo, los pecados de su pueblo tenían que ser transferidos a él, y esto es precisamente lo que las Escrituras dicen. Es notable que esto fuera anunciado mucho tiempo antes en el gran Día Anual de Expiación de Israel: “Y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío” (Lev. 16:21). También fue claramente profetizado: “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros... habiendo él llevado el pecado de muchos” (Isa. 53:6, 12). Y además lo afirma expresamente el Nuevo Testamento: “Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (Heb. 9:28). Volvemos a señalar que no existe en estos pasajes ninguna indicación de que Cristo cargara los pecados de su pueblo solo cuando estuvo colgado en la Cruz. Sabemos que esto último es lo que muchos han afirmado, pero al hacerlo no solo han sido culpables de agregar a la Palabra de Dios algo que no dice, sino que de plano también la han *contradicho*.

Ya hemos señalado que la expresión en Romanos 8:3, que dice que fue hecho “en semejanza de carne de pecado”, presupone claramente la transferencia de los pecados de su pueblo a Cristo, y que lo que sucedió inmediatamente después de su nacimiento coincide totalmente con este hecho y no puede entenderse de otra manera. Que fue “circuncidado” (Luc. 2:21) no solo prueba que fue “hecho semejante a los hombres” (Fil. 2:7), sino que evidenció que había sido hecho “en semejanza de carne de pecado”. También la “purificación” ceremonial de su madre (Luc. 2:22) y su presentación de una ofrenda como “expiación” (Lev. 12:2, 6) estuvo en perfecta conformidad con el hecho que, aunque la humanidad de Jesús era inmaculada, entró en este mundo oficialmente culpable.

De pequeños pecamos: “Se apartaron los impíos desde la matriz; se descarriaron hablando mentira desde que nacieron” (Sal. 58:3), y por lo tanto, siendo niño, Cristo sufrió. Sufrió, no solo como nuestro Sustituto, sino porque nuestros pecados le habían sido transferidos. De jóvenes pecamos; y de joven, Cristo sufrió, y sufrió a manos de Dios como lo testifican claramente sus propias palabras: “Yo estoy afligido y menesteroso; desde la juventud he llevado tus terrores, he estado medroso” (Sal. 88:15). En la flor de la vida pecamos; y en la flor de su vida, Cristo sufrió. Refirámonos nuevamente a los ataques que enfrentó a manos de Satanás. Hebreos 2:18 nos dice que “padeció siendo tentado” y que ese mismo sufrimiento fue penal. Que Cristo “sufriera” bajo Satanás fue algo designado y determinado como una imposición de Dios como lo prueba la declaración que: “Entonces Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo” (Mat. 4:1).

**Habiendo el hombre permitido que Satanás lo venciera, por una sentencia justa, Dios lo ha entregado como esclavo a su tiranía.** Por lo tanto fue necesario que Cristo, como Sustituto de su pueblo pecador, se expusiera a los acosos del diablo, para que en este sentido también satisficiera la justicia divina. De seguro Satanás y sus agentes nunca hubieran podido atacar a Cristo si no hubiera sido (legalmente) acusado como culpable de nuestros crímenes a los cuales Dios en su justicia lo expuso para que ellos lo matasen (Hech. 2:23). Los mismos escogidos, como pecadores, estaban sujetos al poder de Satanás (Col. 1:13), y esto por la sentencia justa del Juez de toda la tierra. Por lo tanto no solo eran “botín del valiente” sino también “cautivos del tirano” (Isa. 49:24). De este modo, así como Cristo vino como Garante en el lugar de ellos, él, en virtud de la sentencia de Dios, también fue sujeto a los ataques de Satanás.

“La obediencia pasiva o sufriente de Cristo no tiene que limitarse a lo que experimentó en el Getsemaní y en la cruz. Su sufrimiento fue la culminación de su dolor expiatorio, pero no su totalidad. Todo en su carrera humana y terrenal que fue angustioso fue por obediencia pasiva. Jonathan Edwards tuvo razón al decir que la sangre de la circuncisión de Cristo fue una parte tan real de la expiación vicaria como la sangre que fluyó de su costado traspasado. Y no solo fue expiatorio su sufrimiento físico, sino que también lo fue su humillación”<sup>5</sup>. “La satisfacción o propiciación<sup>6</sup> de Cristo consiste en

---

<sup>5</sup> William Greenough Thayer Shedd (1838-1894), *Dogmatic Theology*, Tomo 2 (New York, Scribner's Sons, 1891), 430.

<sup>6</sup> **satisfacción...propiciación** – “Expiación es en referencia a la *culpa* del pecado. Expiar es quitar o tapar la culpa del pecado. Propiciación es en referencia a la ira o al desagrado de Dios. Propiciar es satisfacer la justicia divina y de este modo aplacar su ira. Según el uso

sufrir la maldad, o en ser objeto de humillación... Cualquiera cosa a la que Cristo fue sujeto, lo cual era el fruto judicial del pecado, tenía la naturaleza de la satisfacción por el pecado. Pero no solo un sufrimiento verdadero, sino toda humillación y depresión del estado y las circunstancias de la humanidad (naturaleza humana) por debajo de su honor y dignidad (por ejemplo el que su cuerpo quedara muerto, y el cuerpo y alma quedaran separados) son frutos judiciales del pecado”<sup>7</sup>.

**Cuando las Escrituras hablan de la satisfacción de Cristo, se refieren a todos sus sufrimientos en general.** “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores” (Isa. 53:4), es decir sufrió todas las enfermedades y los dolores que nosotros merecíamos por nuestro pecado. Es necesario notar cuidadosamente que la declaración inspirada “mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:6) viene antes de “angustiado él” y antes de “como cordero fue llevado al matadero”. Era en los inicios de su ministerio público, y no mientras colgaba en la Cruz, que Dios impulsó a unos de sus siervos a exclamar: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). Cristo fue llevado “al matadero” antes de las tres horas de oscuridad, pero aun entonces sentía “aflicción”, y nuestra iniquidad le fue adjudicada. Este mismo capítulo (Isa. 53) adjudica nuestra “curación” a los azotes que recibió de los hombres, así como otros pasajes claramente atribuyen nuestra liberación de la maldición de la Ley por medio del hecho de que Dios visitó a Cristo con la maldición de la Ley.

“Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo” (1 Ped. 2:21). “*Sufrir* denota aquí estar en aflicción, porque todos esos sufrimientos a los que se refiere este versículo son los que Cristo nos dejó como un ejemplo de paciencia. Él afirma que esos sufrimientos son a causa de nosotros, es decir, experimentados en nuestro lugar al igual que para nuestro bien. Porque esto es lo que comúnmente significa la palabra *huper*... y es el verdadero significado que Pedro le da, entonces llegamos a la conclusión que en 3:18 dice “Cristo padeció... *por los pecados*” (1 Juan 4:10)<sup>8</sup>.

Cuando son enfatizados los derechos soberanos de Dios, por lo general surge la objeción de que con ello estamos “reduciendo al

---

bíblico del vocablo, la justicia de Dios se satisface con el sacrificio propiciatorio”. (Morton H. Smith, *Systematic Theology*, Tomo 1, 382)

<sup>7</sup> Jonathan Edwards (1703-1758), “A History of the Work of Redemption” en *The Works of Jonathan Edwards*, Tomo 1 (Carlisle, Penn.: The Banner of Truth Trust), 574.

<sup>8</sup> Witsius, *Economy*, Tomo 1, 219.

hombre a una mera máquina”. Hay muchas personas preparadas para defender la idea de la responsabilidad humana. Pero rara vez escuchamos algo acerca de la responsabilidad *transferida*. No obstante, es en este punto donde radica una de las principales maravillas y glorias del evangelio. La responsabilidad del pueblo de Dios fue transferida a Cristo, él cargó con las cosas por las cuales nosotros éramos responsables y se hizo cargo de nuestras deudas, *cumpliendo con todas las demandas de la Ley en contra de estas*. Si este no hubiera sido el caso, ¿cómo hubiera podido Dios con justicia cargar las iniquidades de su pueblo sobre la cabeza de su Santo Hijo? Y menos aun haber hecho que la espada de la Justicia lo hiriera. Fue porque Cristo fue “hecho pecado” por nosotros que también fue “hecho maldición” por nosotros, lo último no podría ser sin lo primero. Como este es un punto de vital importancia, tenemos que ampliar un poquito más nuestra explicación.

Hebreos 7:22 declara que Cristo es el Garante de un pacto mejor: Fue el Patrocinador de su pueblo, tal como Judá lo fue de Benjamín: “Yo te respondo por él; a mí me pedirás cuenta. Si yo no te vuelvo a traer, y si no lo pongo delante de ti, seré para ti el culpable para siempre” (Gén. 43:9). O, como lo fue Pablo de Onésimo: “Y si en algo te dañó, o te debe, ponlo a mi cuenta. Yo Pablo lo escribo de mi mano, yo lo pagaré” (Filemón 1:18-19). Del mismo modo, Cristo se comprometió ante su Padre por nosotros: “Cárgame a mí lo que te deben, y yo lo pagaré”. “Un garante, cuyo nombre se incluye en un pagaré, no solo está obligado a pagar la deuda, sino que también hace suya la deuda, como si fuera de hecho el deudor primario, por lo que puede ser demandado por el pago de la deuda. De la misma manera Cristo, cuando se puso como Garante, tomó el lugar de los pecadores; que lo que la Ley podría cargarles a ellos, se lo cargara a él”<sup>9</sup>.

Cristo tuvo que cargar con la culpa de nuestras transgresiones antes de poder cargar con nuestro castigo, y de este modo satisfacer la justicia divina por nosotros. Que en realidad lo hizo, lo demuestran sus propias palabras. Es, en efecto, extraordinario saber cómo fue que Cristo realmente se adueñó de nuestros pecados como si fueran de él. Primero, en el Salmo 40: Sabemos que este salmo es mesiánico porque Hebreos 10 lo cita; que contiene las palabras de Cristo se hace muy evidente en los versículos 7-11. Sigue siendo el que habla en el versículo 12 donde declaró: “Porque me han rodeado males sin número; me han alcanzado mis maldades, y no puedo levantar la vista. Se han aumentado más que los cabellos de mi cabeza, y mi corazón me

---

<sup>9</sup> Thomas Goodwin (1600-1680), “Of Christ the Mediator” en *The Works of Thomas Goodwin*, Tomo 5 (Reimp. Eureka, CA: Tanski, 1996), 184.

falla”. ¡Qué confirmación de que los pecados de su pueblo le fueron transferidos a él! Segundo, en el 69, otro gran salmo mesiánico, también lo encontramos diciendo: “Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos” (v. 5). ¡Sin lugar a dudas estas palabras muestran que nuestros pecados le habían sido adjudicados a él! Esos pecados fueron suyos no porque los hubiera cometido, sino porque le fueron imputados<sup>10</sup>.

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24). “Nuestros pecados’ aquí indica que somos merecedores del castigo por nuestras violaciones a la Ley divina y de las consecuencias de esas violaciones. En otras palabras, culpabilidad en el sentido de haber recibido la sentencia de lo que sería el castigo, y el castigo mismo”<sup>11</sup>... Al tomar el lugar de su pueblo, Cristo se hizo responsable de la justicia de Dios en nombre de ellos. Sea lo que fuere que debían, tenía que ser cobrado a su Fiador. Él tiene que pagar sus deudas, sufrir la pena total de sus iniquidades y recibir la carga del pecado en lugar de ellos. Cristo se expuso ahora a todo lo que la santidad de Dios tiene que imponer sobre el pecado. Por lo tanto leemos: “Cristo nos redimió de la maldición de la ley; hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gál. 3:13). “La cruz era maldita, no solo en la opinión de los hombres, sino por el decreto de la Ley divina. Por lo tanto, cuando Cristo fue levantado en la cruz, se entregó como individuo repugnante, objeto de la maldición”<sup>12</sup>.

**El mismo método de muerte que Dios determinó para su Hijo nos revela la naturaleza penal de este.** La Cruz no fue meramente un “accidente”, como si no importara de qué manera murió. Las razones fundamentales hicieron necesario que el Garante muriera una muerte que era detestable para Dios; de allí la referencia frecuente en el Nuevo Testamento a la “cruz” y el “madero” (*cf.* Juan 12:32-33). En el Calvario, la terrible maldición de Dios sobre el pecado fue exhibida, de la cual la cruz no era la causa sino el *símbolo* (*cf.* Juan 3:14). Bajo la Ley Mosaica, (a la cual se refiere el Apóstol en Gál. 3:13), colgar de un madero era una muerte reservada para los peores criminales. De allí, la fuerza de la palabra *madero* en 1 Pedro 2:24. Cristo colgado de un madero era el testimonio público de la *maldición* de Dios sobre él. “La causa de la maldición no era porque colgara en un madero, sino por el

<sup>10</sup> **imputados** – cobrados a cuenta de uno.

<sup>11</sup> John Brown de Edinburgo (1784-1854), *The First Epistle of Peter*, Tomo 1 (Carlisle, Pennsylvania: The Banner of Truth Trust, 1975), 523.

<sup>12</sup> Juan Calvino (1509-1564), *Institutes of the Christian Religion*, II, xvi, 6.

pecado que se le cargó. Ese modo de castigar demostraba que era objeto del desagrado santo de Dios, no porque colgara en el madero, sino porque era el portador de los pecados. Ahora se le aplicaba el castigo de las ofensas por las cuales esa pena ignominiosa<sup>13</sup> le fue dada. La sabiduría divina determinó que el que cargara con los pecados del mundo debía ser expuesto como una maldición, porque con ello se exhibía del modo más terrible posible el desagrado divino<sup>14</sup>.

En cuanto al porqué y el método de la muerte seleccionado por Dios de todos los demás posibles —envenenamiento, lapidación, decapitación, etc.— Génesis 3 da la respuesta: “De la manera que el pecado fatal que difundió la maldición sobre la raza humana se relacionaba con el ‘árbol’ prohibido, Dios ordenó sabiamente que el último Adán expiara el pecado por medio de ser suspendido en un madero; y determinó en la Ley (Deut. 21:22-23) que el tal fuera símbolo de la maldición que recordara a todos los hombres el origen de la maldición divina sobre el mundo. No quitaría la maldición de ninguna otra manera”<sup>15</sup>. Entre los romanos, la muerte por crucifixión era la peor humillación posible. Era el más degradante de los castigos, impuesto solo a los esclavos y a la gente más ruin. Si un hombre libre era condenado alguna vez a ser crucificado por crímenes graves, como ser robo, traición a la patria o sedición, la sentencia no podía cumplirse hasta que se le pusiera bajo la categoría de esclavo, y eso por medio de la peor de las humillaciones. Les era quitada la libertad con azotes serviles y flagelaciones, como sucedió con Cristo. De este modo, la maldición de la Ley de Dios fue ejecutada sobre la Cabeza y el Sustituto de su pueblo. Predicar a “Cristo crucificado” (1 Cor. 1:23) es proclamar y exponer que “fue hecho maldición por nosotros”.

Porque Cristo fue “hecho pecado” y “hecho maldición” a favor de su pueblo, la ira de la santidad de Dios se encendió contra él y la espada de la justicia lo traspasó. “Levántate, oh espada, contra el pastor, y contra el hombre compañero mío, dice Jehová de los ejércitos. Hierne al pastor” (Zac. 13:7; cf Mat. 26:31). Dios le infligió el castigo a Cristo como si hubiera sido él mismo el ofensor. “Con todo eso, Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado...” (Isa. 53:10). Todos los sufrimientos del hombre infligidos directamente por Dios o indirectamente por Satanás o los hombres (Jer. 2:15-17), son por los deméritos del pecado. Así

---

<sup>13</sup> **ignominioso** – vergonzoso, deshonesto.

<sup>14</sup> George Smeaton (1814-1889), *The Doctrine of the Atonement as Taught by the Apostles* (Carlisle, Penn.: The Banner of Truth Trust, 1991), 14.

<sup>15</sup> Smeaton, *Atonement*, 15.

también todos los sufrimientos de Cristo —recibidos del hombre, Satanás o Dios— surgieron por los deméritos de los pecados de su pueblo imputados a su Sustituto.

**El castigo que Dios dio a Cristo era justo el castigo que su pueblo merecía.** Que fue maldito por Dios es evidente por haber colgado del madero. Que recibió la paga del pecado fue evidente porque Dios lo abandonó. Que fue contado con los transgresores se ve en que murió entre dos ladrones. Es cierto, no sufrió eternamente, porque la eternidad de nuestro castigo fue solo una circunstancia que surgió por nuestra incapacidad de sufrir todo el peso de la ira de Dios en un lapso breve de tiempo, y por lo tanto, la corta duración de los sufrimientos de Cristo no es una objeción válida contra la singularidad del castigo que recibió. Por otra parte, la dignidad infinita que caracterizaba a Cristo más que compensó la Ley. “Para el ojo culto, se encuentra en la cruz otra inscripción además de la que ordenó poner Pilato, que dice así: LA VÍCTIMA DE LA CULPABILIDAD. LA PAGA DEL PECADO”<sup>16</sup>.

*De Studies in the Scriptures* (Estudios en las Escrituras), reimpresso por Chapel Library.



¡Oh bendito Señor! En el momento de creer y morir en Jesucristo, tú justificaste todos mis pecados en el tribunal de gloria, tanto mi culpa como mi castigo. En cuanto creí, me perdonaste todos mis pecados, me perdonaste todas mis iniquidades, borraste todas mis transgresiones y en el momento de creer curaste todos mis pecados; en el momento de creer me libraste del estado de condenación y me mostraste la importancia de la gran salvación. Cuando por primera vez creí, fui unido a Jesucristo, y fui arropado con la justicia de Cristo, la cual cubrió todos mis pecados y me libró de todas mis transgresiones. Oh Señor, recuerda que en el preciso instante de mi disolución tú realmente, perfectamente, universalmente y definitivamente me perdonaste todos los pecados.—*Thomas Brooks*

Sí murió. Sí entregó su vida. Sí hizo de su alma una ofrenda por mis pecados. Sí fue hecho maldición. Sí sufrió tu ira infinita. Sí satisfizo completamente y compensó totalmente tu justicia por todos mis pecados, deudas y transgresiones. ¡Esta es mi apelación, oh, Señor! Con esta apelación me presento.—*Thomas Brooks*

---

<sup>16</sup> Brown, *First Peter*, Vol. 2, 143.

# UN PERDÓN COMPLETO

Octavius Winslow (1808-1878)

*“En aquel tiempo habrá un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia”. —Zacarías 13:1*

**Y**a hemos... comentado la imposibilidad de que el razonamiento natural comprenda una verdad espiritual. No puede discernir ni la naturaleza, la armonía ni la finalidad de las verdades divinas. Esta inhabilidad no se debe a la deficiencia de capacidad mental ni a lo difícil que es comprender la revelación, —porque el intelecto más débil, cuando es iluminado y santificado por el Espíritu de Dios, puede captar la doctrina más profunda en el gran sistema de la teología, hasta donde de esa doctrina ha sido revelada— *sino a la falta de una mente espiritualmente renovada*. Esta y solo esta es la razón... Por lo tanto, que la mente tiene que cambiar y que el cambio lo hace Dios antes de que la verdad divina pueda ser comprendida o recibida, es una verdad obvia. Por eso encontramos al Apóstol orando por los cristianos de Éfeso: “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento” (Ef. 1:17-18).

Entre todas las doctrinas del evangelio está la doctrina de la Expiación de Cristo con su designio especial y de gracia, tan oscura e inexplicable para la mente no renovada. *Esto solo puede ser comprendido por una mente vivificada que ahora es consciente de la naturaleza y perversión moral del pecado*. Como la expiación por el pecado fue el gran designio de la muerte extraordinaria de Cristo, el individuo que es ciego al pecado, no puede descubrir y aceptar esta verdad, no importa lo vasto que sean sus poderes mentales o qué firme su creencia en la verdad de la revelación divina... Es a esta tenebrosidad natural, esta ignorancia del pecado, esta falta de enseñanza del Espíritu, a la que tenemos que atribuir todos los conceptos falsos y errados que los hombres han enunciado con respecto a la naturaleza y los designios de la muerte de Cristo.

Es nuestra creencia inequívoca que todo el error en la teología, especialmente aquello que socava la Expiación, tiene su origen en dejar a un lado la Ley de Dios. La Ley debe ser reconocida plenamente como de autoridad divina, de dignidad inflexible y de pureza sin mancha; su



sentencia condenatoria debe sentirse en el alma; toda esperanza de justificación<sup>1</sup> debe ser arrasada por una mera obediencia y el pecador colocado delante del pleno ardor de sus terrores. Entonces verá la *necesidad* absoluta de una Expiación, precisamente una Expiación como la que ofreció en la cruz el Redentor adorado. Siendo así, ningún individuo que ha sido enseñado por el Espíritu, a quien se le llama enfáticamente “El Espíritu de *Verdad*”, al que se le ha hecho ver la pecaminosidad extrema del pecado por ser contra un Dios santo, que ha sido vaciado de toda autosuficiencia, cuyos ojos han sido abiertos a la ruina interior y se ha postrado en el polvo como un pobre pecador destrozado, ningún individuo enseñado de este modo jamás afirmaría que Jesús murió con algún otro designio más que aquel por el cual murió: *ofrecer a la Justicia Divina una satisfacción plena e infinita por el pecado*. Esto nos lleva a la discusión del tema.

**Que podamos sentir que el fundamento sobre el cual nos basamos es santo.** Si hay un tema cuya explicación se debe encarar con cautela, humildad y oración, es este. Estén nuestros corazones predispuestos hacia Dios para recibir las enseñanzas de su Espíritu, cuyo oficio bendito en la economía de la gracia es glorificar a Cristo, tomando de las cosas que le pertenecen y haciéndolas saber al alma (Juan 16:14). ¡Oh que recibamos su unción santa mientras tratamos este tema estupendo: *Cristo presentándose como sacrificio por el pecado!* Con el propósito de presentar el tema claramente para la mente del lector, primero debemos considerar las porciones sobresalientes de la Palabra de Dios que declaran que la finalidad y el designio de la muerte de Cristo fueron ser Expiación por el pecado. Luego será necesario demostrar que la Expiación de Cristo consiste en *borrar enteramente los pecados de su pueblo...*

La Palabra de Dios, la única regla de fe y práctica, representa clara e invariablemente la muerte de Jesús como un *sacrificio* y el designio especial y de gracia de ese sacrificio: *una expiación*<sup>2</sup> *por el pecado*. Si esto se niega, ¿cómo podemos interpretar los importantes pasajes que siguen? “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados... mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:5-6). “Porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mat. 26:28).

---

<sup>1</sup> **justificación** – La justificación es un acto de la gracia gratuita de Dios, por medio del cual perdona todos nuestros pecados y nos acepta como justos delante de él por la justicia de Cristo imputada a nosotros y recibida solo por fe. (Spurgeon’s Catechism, P. 32)

<sup>2</sup> **expiación** – Teológicamente, expiación significa reconciliación con Dios por medio de quitar o tapar la culpa del pecado; esto fue logrado por medio del sacrificio de Jesucristo.

“Porque Cristo, cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” (Rom. 5:6). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia” (Ef. 1:7). “Sabido que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Ped. 1:18-19). “Porque si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb. 9:13-14). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10). ¡Cuán ininteligibles son estas declaraciones de la Palabra de Dios si no las consideramos como afirmaciones de la gran doctrina que estamos considerando! No se aparte el lector de la Palabra de Dios. Si no cree en la doctrina de los sufrimientos vicarios de Cristo, tenga cuidado cómo maneja estas serias declaraciones. Confirman la doctrina de la Expiación o no significan nada. No tienen ningún significado si se interpretan de otra manera. Volvamos a las asombrosas expresiones: “Herido por nuestras *rebeliones*”. “Molido por nuestros *pecados*”. “Cargó en él el *pecado* de todos nosotros”. “Mi sangre... derramada para remisión de los *pecados*”. “Murió por los *impíos*”. “Lo hizo *pecado*”. “En quien tenemos redención por su sangre, el perdón de *pecados*”. “Propiciación por nuestros *pecados*”. ¿Qué vemos aquí, sino la sangre expiatoria, la satisfacción total, el que llevó el pecado, el garante, el *sustituto*?

¿Y como explicamos los sufrimientos de Cristo, que fueron intensos y misteriosos, si no lo hacemos sobre la base de su carácter *vicario*? Esos sufrimientos fueron extremadamente intensos. Hay en ellos una severidad que, si no fuera por los requerimientos de la justicia divina, serían totalmente incomprensibles. Cielo, Tierra, Infierno, todos conspiraron en su contra. Repasemos su historia rica en experiencias: tomemos nota de cada paso que tomó desde Belén hasta el Calvario. ¿Qué aprendemos de sus sufrimientos, sino que fueron tremendísimos y sumamente intensos? Sus enemigos, como perros entrenados para la guerra, arremetieron contra él. Aun los que profesaban ser sus seguidores se quedaron paralizados ante lo que le estaba pasando a su Señor. Uno lo traicionó, otro lo negó, y todos, en su hora más extrema,

lo abandonaron. Por lo tanto, no nos extrañe que en la angustia de su alma su humanidad sufriente exclamara: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Luc. 22:42). En aquel instante terrible, todas las fuerzas de la ira de Dios, por los pecados de su pueblo, se desataron contra él. El Padre, el último recurso de consuelo, apartó su rostro y lo privó de su reconfortante presencia. En la cruz, bebiendo las últimas gotas de la copa de sus sufrimientos, cumplió la profecía que se refería a él: “He pisado yo solo el lagar, y de los pueblos nadie había conmigo” (Isa. 63:3).

Sus sufrimientos también fueron misteriosos. ¿Por qué un Ser santo, inofensivo, cuya vida entera había sido un acto de bien sin paralelos, tenía que ser condenado a una persecución tan grave, a sufrimientos tan agudos y a una muerte tan dolorosa e ignominiosa? Avergüéncese por este relato el que niega la expiación. La doctrina de un sacrificio vicario lo explica todo y presenta la clave del misterio “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gál. 3:13). Todo el misterio ha desaparecido. “Por nosotros lo hizo pecado”. Fue “hecho por nosotros maldición”. Cargó con el pecado y consecuentemente con la pena del pecado. Lector cristiano, si tuviéramos que cargar con nuestros pecados, tendríamos que pagar solos el castigo por ellos. Pero Jesús tomó sobre sí nuestros pecados. Para esto, fue partícipe del pacto de redención<sup>3</sup>. Para esto, asumió nuestra naturaleza. Para esto, sufrió en el Getsemaní. Para esto, la Ley de Dios lo condenó a la pena máxima. Y para esto, la justicia de Dios lo hizo pagar esa pena de muerte. ¡Oh cuánta verdad hay en esto! ¡El Hijo de Dios ofreciéndose como sacrificio por el pecado! El que no conocía pecado, que era santo, inofensivo y puro, sin un pensamiento malo en su corazón, ¡aun así fue hecho pecado o una ofrenda por el pecado! ¡Oh la enormidad de este pensamiento! De no haberlo declarado el mismo Dios, no hubiéramos podido creerlo, aun si lo hubiera anunciado la trompeta de un ángel. ¡Dios mismo lo proclamó! Y porque lo hizo, lo creemos. Solo Dios lo puede escribir en el corazón. “¡Oh tú, bendito y adorado Emanuel! ¿Fue esta la finalidad y el designio de tus sufrimientos intensos y misteriosos? ¿Fue que tenías que obedecer, cargar con el pecado, sufrir la maldición y humillarte en la muerte para que yo fuera libre? ¿Fue todo esto en mi lugar y por mí? ¡Oh amor sin

---

<sup>3</sup> **pacto de redención** – término usado por algunos para describir el propósito eterno de redención: Dios el Padre determinó darle un pueblo y un reino a su Hijo, y Dios el Hijo coincidió en lograr este propósito por medio de su vida, muerte y resurrección.

paralelos! ¡Oh gracia infinita y gratuita! que Dios se encarnara, que el Santo cargara con el pecado de tal manera que fuera objeto de la justicia más severa, como si él mismo fuera el pecador; que tuviera que vaciar la copa, ofrecer su espalda para ser flagelado, soportar la vergüenza y los esputos, y, por último, ser crucificado en la cruz y derramar la última gota de su sangre preciosa. ¡Y todo esto por *mí*, por *mí*, un rebelde; por *mí*, un gusano; por *mí*, el primero de los pecadores! ¡Asómbrate, oh cielos! ¡Maravíllate, oh tierra! ¿Hubo alguna vez un amor semejante a este?”

Corresponde ahora demostrar por medio de la Palabra de Dios que la Expiación del bendito Redentor fue para borrar *plena* y *completamente* los pecados del creyente. ¿Necesitamos detenernos para reflexionar en la enorme importancia de esta verdad? ¿Necesitamos mencionar cuán estrechamente depende de Cristo la paz, la santificación y la gloria eterna del pecador? No se conforme el lector con un conocimiento superficial de la verdad de que Cristo hizo Expiación por el pecado. Uno puede creerlo y, no obstante, no disfrutar de la bendición, paz y santificación de este hecho. ¿Por qué? Porque no profundiza plenamente lo que es vivir la verdad por experiencia. ¿Podríamos decir también que sus conceptos del pecado son superficiales y no considera su enorme pecaminosidad? Los conceptos profundos del pecado siempre resultarán en conceptos profundos del Sacrificio por el pecado; a un conocimiento inadecuado del *pecado*, un conocimiento inadecuado de *Cristo*; a un concepto despreciable del *yo*, un concepto elevado de *Cristo*. Por lo tanto, no nos conformemos con tratar superficialmente esta verdad maravillosa. ¡Quiera Dios, el Espíritu Eterno, guiarnos ahora a profundizarla!

Antes de considerar lo completo de la Expiación de Cristo, sería bueno dar un vistazo a la base o causa por la que fue tan completa. Esto nace de la dignidad infinita de su Persona, su Deidad constituye la base de su obra perfecta. Garantiza, por así decir, el resultado glorioso de su Expiación. Fue esto lo que dio perfección y virtud a su Expiación. Fue esto lo que hizo que su sangre fuera eficaz para perdonar el pecado y para la justicia, de modo que él logró una justificación completa del alma. Toda su obra hubiera sido incompleta sin su Deidad. Ningún Salvador creado, ese sueño de los socinianos<sup>4</sup>, podía haber dado total satisfacción a una Ley infinita quebrantada por el hombre, la cual clamaba por venganza. ¿Cómo hubiera podido un sacrificio ofrecido por un supuesto Salvador creado, “magnificar la ley

---

<sup>4</sup> **sociniano** – seguidor de las enseñanzas de Socino; el que rechaza la deidad de Cristo, la Trinidad y el pecado original; influenció el desarrollo de la teología unitaria.

y engrandecerla” (Isa. 42:21)? ¡Totalmente *imposible*! Un ser finito la había quebrantado, un Ser infinito tenía que repararla. Se requería una obediencia que fuera, en todo sentido, igual en gloria y dignidad a la Ley que había sido violada. Los derechos del gobierno divino tienen que ser mantenidos, la pureza de la naturaleza divina tiene que ser resguardada y el honor de la Ley divina tiene que ser vindicada. Para lograrlo, Dios mismo tiene que hacerse carne; para realizar esto totalmente ¡el Dios encarnado tiene que morir! ¡Oh profundidad de la sabiduría y de la gracia! ¡Oh amor infinito, amor inmenso, amor gratuito!... Sellada, como lo está la obra de Cristo, con la gloria infinita y dignidad de su Deidad, no será tarea fácil ni agradable considerar su perfección, como se nota, primero, *cuando borró por completo todo pecado*, y segundo, *cuando logró la justificación completa de la persona*.

**El perdón de los pecados del creyente es un perdón *completo*.** Es el perdón completo de *todos* sus pecados. No sería ningún perdón si no fuera un perdón *completo*. Si fuera solo borrar parcialmente el espeso nubarrón, si fuera solo una cancelación parcial de la sentencia de muerte, si fuera el perdón de solo *algunos* pecados, entonces el evangelio no sería buenas nuevas para su alma. La Ley de Dios lo ha declarado culpable de una violación total. La justicia de Dios demanda una satisfacción equivalente a la enormidad de los pecados cometidos y de la culpa en la que incurrió. El Espíritu lo ha convencido de su total impotencia, su completa bancarrota. ¿Qué alegría podría sentir ante el anuncio de una expiación *parcial*, de un Salvador *a medias*, del pago de una *parte* de la deuda? No le produciría ni un ápice de gozo. Al contrario, una burla así ante su desgracia profundizaría la angustia de su espíritu. Pero, acerquémonos al alma cansada y cargada de pecado que lamenta su vileza, su impotencia, y proclamémosle el evangelio. Digámosle que la expiación que Jesús ofreció en el Calvario fue una satisfacción completa de sus pecados. Que *todos* sus pecados fueron cargados y borrados en ese momento terrible. Que el pagaré que la justicia divina tenía contra el pecador fue cancelado *en su totalidad* por la obediencia y los sufrimientos de Cristo, y que, aplacado y satisfecho, Dios está “listo para perdonar”. ¡Qué hermosos son los pies que llevan noticias tan extáticas como estas! ¿Y acaso no coinciden perfectamente estas declaraciones con la propia Palabra de Dios? A ver si lo comprobamos.

¿Qué simbolizaba el arca a la cual alude el apóstol en Hebreos 9, que contenía el maná, la vara de Aarón y las tablas del pacto, y sobre el cual estaban los querubines de la gloria cubriendo el *propiciatorio*? ¿Qué, si no la cobertura total del pecado? Porque así como el propiciatorio del arca escondía la Ley y el Testimonio, escondió el Señor Jesucristo los

pecados de su pueblo escogido, del pacto, no del ojo omnisciente de Dios, sino del *ojo de la Ley*. Quedan legalmente absueltos. Tan completa fue la obra de Jesús, tan infinita y satisfactoria su obediencia que la Ley de Dios los pronuncia absueltos, *y nunca puede condenarlos*. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:1). “¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió” (Rom. 8:34). ¿Cómo podría el Apóstol, que hablaba la verdad, haber hecho una declaración tan asombrosa y lanzado un desafío tan intrépido si este punto que estamos queriendo establecer no fuera estrictamente como afirmamos que es?

¿Y acaso la fraseología que emplea el Espíritu Santo al anunciar la doctrina del perdón divino no confirma la afirmación que hemos hecho? “Yo deshice como una nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí” (Isa. 44:22). ¿Dónde estaría el poder impulsor del motivo para “volver a Dios”, sino sobre la base de que todo pecado ha sido borrado total y completamente? *Esto... somete, vence y reconquista al hijo descarriado de Dios. Esto... humilla el alma, profundiza la convicción de su vileza; hace tan aborrecible el pecado de apartarse, de ingratitud, de rebelión cuando sobre la base de que borrará total y gratuitamente todo pecado, Dios llama al alma, diciendo: “Vuelve a mí”: “Yo deshice como niebla tus pecados”, por lo tanto regresa. Aunque has ido tras otros amantes, aunque te has apartado de mí, olvidándome y abandonándome, yo “deshice como una nube tus rebeliones...; vuélvete a mí, porque yo te redimí”. También “En aquellos días y en aquel tiempo, dice Jehová, la maldad de Israel será buscada, y no aparecerá; y los pecados de Judá, y no se hallarán” (Jer. 50:20). “Él volverá a tener misericordia de nosotros; sepultará nuestras iniquidades, y echará en lo profundo del mar todos nuestros pecados” (Miq. 7:19). ¡Qué verdad asombrosa contienen estos dos pasajes! El primero declara que si una buscara la iniquidad de Israel y el pecado de Judá, no lo encontraría. Tan completo habían sido borrados, tan gloriosa fue la obra de Jesús, tan perfecta su obediencia, que si la Ley de Dios los buscara —¿y acaso habrá un lugar que no puede penetrar?— no los podría encontrar. El segundo declara qué tan insondable es la profundidad de ese mar de sangre expiatoria que Cristo derramó, que en ella fueron arrojados, para nunca volver a aparecer, *todos los pecados* del creyente. Es así que el alma temblorosa puede exclamar: “Más a ti te agradó librar mi vida del hoyo de corrupción; porque echaste tras tus espaldas todos mis pecados” (Isa. 38:17).*

¿Y quién puede leer sin profunda emoción estas conmovedoras declaraciones del Dios del cielo? Reprimiendo con suavidad a su pueblo errante pero amado, dice Jehová... “Y los limpiaré de toda su maldad con que pecaron contra mí; y perdonaré todos sus pecados con que contra mí pecaron, y con que contra mí se rebelaron” (Jer. 33:8). “Porque como la altura de los cielos sobre la tierra, engrandeció su misericordia sobre los que le temen. Cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Sal. 103:11-12).

¡Levanten sus ojos, ustedes santos de Dios que están desconsolados por el temor a la condenación! Veán todos sus pecados cargados a la cuenta de su Garante soberano. Sí, véanlos todos cargados sobre él como su sustituto. Véanlo llevándose los, hundiéndolos en el océano de su sangre, echándose sobre su espalda. ¡Levanten la vista y regocíjense! No dejen que el resabio de pecado, los restos de corrupción humana les causen que pasen por alto esta verdad maravillosa: *todos sus pecados han sido completamente borrados por la sangre expiatoria del adorado Emmanuel*. Es cierto, y es el privilegio de ustedes vivir disfrutándolo en santidad. Recibiéndolo plenamente en el corazón por la enseñanza del Espíritu Santo, su tendencia será tener un carácter totalmente santo, santificador y humilde. Debilitará el poder del pecado. Impulsará el corazón a conformarse a lo divino. Reducirá la influencia de lo que anhelan los sentidos, expulsará el amor por el mundo y por el yo, impartirá compasión a la conciencia y causará que el alma ande con cuidado: “Para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios” (Col. 1:10).

De *Atonement and the Cross* (Expiación y la cruz) reimpresso  
por Tentmaker Publications, [www.tentmaker.org.uk](http://www.tentmaker.org.uk).

---

**Octavius Winslow** (1808-1878): Bautista, y después anglicano, pastor; en 1861 predicó en la apertura del Tabernáculo de Spurgeon en Londres; nacido en Inglaterra.



Un *Garante* es alguien que se compromete y está obligado a hacer algo por otro, como ser pagar una deuda por él o ponerlo a salvo en algún lugar o algo similar; de modo que si saldó la deuda que tenía el otro, o cumplió su obligación, entonces se da por pagada la deuda del otro o cumplida su obligación. —*Thomas Goodwin*

# SATISFACCIÓN Y SUSTITUCIÓN BOSQUEJADAS

John Owen (1616-1683)

**L**a totalidad de lo que las Escrituras revelan acerca de esta gran verdad, llamada comúnmente la “satisfacción de Cristo”, puede resumirse bajo los siguientes puntos:

**PRIMERO:** Qué Adán habiendo sido creado recto, pecó contra Dios y contra toda la humanidad, y toda su posteridad en él: “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creo; varón y hembra los creó” (Gén. 1:27). “Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses?” (Gén. 3:11). “He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero ellos buscaron muchas perversiones” (Ecl. 7:29). “Por tanto, como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron... Así que, como por la transgresión de uno vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores” (Rom. 5:12, 18-19a).

**SEGUNDO:** Que por este pecado de nuestros primeros padres, todos los hombres se encuentran en un estado pecaminoso y de apostasía de Dios y de enemistad con él: “Y vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Gén 6:5). “He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre” (Sal. 51:5). “Por cuantos todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Rom. 3:23). “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Rom. 8:7). “Teniendo el entendimiento entenebrecido, ajenos de la vida de Dios por la ignorancia que en ellos hay; por la dureza de su corazón” (Ef. 4:18; cf. Ef. 2:1; Col. 2:13).

**TERCERO:** Que en este estado, todos los hombres siguen pecando contra Dios, y por sí mismos no pueden actuar de otra manera: “Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda. No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Rom. 3:10-12).



**CUARTO:** Que la justicia y santidad de Dios, por ser el supremo Soberano y Juez de toda la tierra, requiere que el pecado sea castigado: “que de ningún modo tendrá por inocente al *malvado*” (Exo. 34:7). “Porque él es Dios santo, y Dios celoso; no sufrirá vuestras rebeliones y vuestros pecados” (Jos. 24:19). “Porque tú no eres un Dios que se complace en la maldad; el malo no habitará junto a ti. Los insensatos no estarán delante de tus ojos; aborreces a todos los que hacen iniquidad. Destruirás a los que hablan mentira; al hombre sanguinario y engañador abominará Jehová” (Sal. 5:4-6). “Muy limpio eres de ojos para ver el mal, ni puedes ver el agravio” (Hab. 1:13). “¿Quién de nosotros morará con el fuego consumidor? ¿Quién de nosotros habitará con las llamas eternas? (Isa. 33:14). “Quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte” (Rom. 1:32a). “¿Será injusto Dios que da castigo? (Hablo como hombre.) En ninguna manera; de otro modo, ¿cómo juzgaría Dios al mundo?” (Rom. 3:5-6). “Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan” (2 Tes. 1:6). “Porque nuestro Dios es fuego consumidor” (Heb. 12:29; cf. Deut. 4:24)

**QUINTO:** Que Dios también ha comprometido su veracidad y fidelidad en la sanción de la Ley [a fin de] no dejar el pecado sin castigo: “Porque el día que de él comieres, ciertamente morirás” (Gén 2:17). “Maldito el que no confirmare las palabras de esta ley para hacerlas” (Deut. 27:26). En este estado y condición, la humanidad, sin auxilio y ayuda divina, tenía que perecer eternamente.

**SEXTO:** Que Dios, por su bondad, gracia y amor infinitos por la humanidad, envió a su Hijo unigénito para salvarla de esta condición: “Y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat. 1:21). “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él” (Juan 3:16-17). “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:8). “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Juan 4:9). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Juan 4:10). “...A Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tes. 1:10).

**SÉPTIMO:** Que este amor era el *mismo* en el Padre y en el Hijo, puesto en práctica distintivamente en la manera que más adelante será

declarado. Por lo tanto, vanas son las pretensiones de los hombres quienes, por el amor al Padre en esto respecto, argumentan contra el amor del Hijo o viceversa.

**OCTAVO:** Que, en general, la manera por medio de la cual el Hijo de Dios estando encarnado salvaría a los pecadores perdidos, sería por *ser él mismo una sustitución*, según los designios y los mandatos de Dios, tomando el lugar de aquellos a quien salvaría: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gál. 3:13). “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:7-8). “Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros” (Rom. 8:3-4). “Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Ped. 2:24). “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Ped. 3:18). Todas estas expresiones muestran indubitablemente una *sustitución* de Cristo en lo que se refiere a sufrir en lugar de aquellos que salvaría. Esto, en general, es todo lo que queremos expresar al decir “su satisfacción”, es decir, que “por nosotros lo hizo pecado”, “hecho por nosotros maldición”, “murió por nosotros”; esto es, en nuestro lugar para que pudiéramos ser salvos de la ira venidera...

**NOVENO:** Esta manera divina de salvar a los pecadores se expresa de varias maneras particulares en las Escrituras. A saber:

**1. Que se ofreció como sacrificio a Dios para la expiación de nuestros pecados [por medio de] su muerte y sufrimientos:** “Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado” (Isa. 53:10). “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29). “Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Ef. 5:2). Jesús, como un “ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo” (Heb. 2:17). “Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención. Porque si la sangre de los toros y de los machos

cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?” (Heb. 9:11-14).

**2. Que nos redimió al pagar un precio, un rescate por nuestra redención:** “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mar. 10:45). “Porque habéis sido comprados por precio” (1 Cor. 6:20; 7:23). “El cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo” (1 Tim. 2:6).” Quien se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda iniquidad” (Tito 2:14). “Sabiedo que fuisteis rescatados..., no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Ped. 1:18-19).

**3. Que cargó con nuestros pecados o sea el castigo que ellos merecían:** “Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros... y llevará las iniquidades de ellos” (Isa. 53:5-6, 11). “quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Ped. 2:24).

**4. Que satisfizo la Ley y su sentencia:** “Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliese en nosotros” (Rom. 8:3-4). “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gál. 3:13). “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley” (Gál. 4:4-5).

**5. Que murió por el pecado y los pecadores para expiar lo primero y en lugar de los segundos.** “El cual fue entregado por nuestras transgresiones” (Rom 4:25). “Porque... siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Rom. 5:10). “Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras” (1 Cor. 15:3). “Porque el amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Cor. 5:14).

**6. Por lo tanto, en lo que a Dios respecta se declara que “el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Rom. 8:32).** [Dios] causó que todas nuestras iniquidades fueran cargadas sobre él (Isa. 53:6).

**7. El efecto consecuente fue** (1) Que la justicia de Dios fue glorificada. “A quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia” para la remisión de los pecados (Rom. 3:25). (2) La Ley fue cumplida y satisfecha, como lo dicen los pasajes ya citados, Rom. 8:3-4; Gál. 3:13; 4:4-5. (3) Dios se reconcilió. “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomándoles en cuenta a los hombres sus pecados” (2 Cor. 5:18-19). “Para expiar los pecados del pueblo” (Heb. 2:17). (4) Se hizo expiación por el pecado: “Por quien hemos recibido ahora la reconciliación” (Rom. 5:11); y se hicieron las paces con Dios: “Porque él es nuestra paz..., y mediante la cruz reconciliar con Dios a ambos en un solo cuerpo, matando en ella las enemistades” (Ef. 2:14, 16). (5) Puso fin al pecado. “Para terminar la prevaricación, y poner fin al pecado, y expiar la iniquidad, para traer la justicia perdurable” (Dan. 9:24)...

A causa de que “el castigo de nuestra paz fue sobre él” y porque “por su llaga fuimos nosotros curados”, él fue castigado para que nosotros fuéramos liberados, [Cristo] fue el capitán de la salvación para todos los que le obedecen (Heb. 5:9)... Estos son los requerimientos indispensables para nosotros a fin de creer que podemos encauzar nuestra obediencia en acorde con la mente y la voluntad de Dios... Si Cristo el Señor, en acorde con la voluntad del Padre y por su propio consejo y elección, fue el sustituto y de hecho se puso de sustituto como el Mediador del pacto en el lugar de los pecadores para que puedan ser salvos, y en este respecto cargar sus pecados, o el castigo correspondiente a sus pecados, por medio de sufrir la maldición y la pena de la Ley; y si también, según la voluntad de Dios, se ofreció como un sacrificio propiciatorio, expiatorio para hacer expiación por el pecado y para la reconciliación de los pecadores a fin de aplacar la justicia de Dios y que la Ley se cumpliera, de modo que puedan ser salvos o libres de la ira venidera; y por ende también pagó un precio realmente satisfactorio por su redención, entonces satisfizo, delante de Dios, los requerimientos por el pecado. Estas son las cosas que quise decir con la expresión *Satisfacción*.

De “A Brief Declaration of Vindication of The Doctrine of the Trinity” (Una breve declaración de la vindicación de la doctrina de la Trinidad), en *The Works of John Owen* (Las obras de John Owen), tomo 2, reimpresso por The Banner of Truth Trust.

---

**John Owen** (1616-1683): Pastor y teólogo congregacional; llamado “El Príncipe de los puritanos”; nacido en Stadhampton, Oxfordshire, Inglaterra.



# LA SABIDURÍA DE DIOS EN LA SUSTITUCIÓN DE CRISTO

Jonathan Edwards (1703-1758)

*“Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”. —Efesios 3:10*

La sabiduría manifiesta en el camino de salvación por medio de Jesucristo sobrepasa por mucho la sabiduría de los ángeles. Porque aquí se menciona que una de las finalidades de Dios, al revelar el plan de nuestra salvación de modo que los ángeles pudieran ver y conocer cuan grande y multiforme es la sabiduría de Dios, era exponer la sabiduría divina para que los ángeles la vieran y admiraran... Se menciona una sabiduría como nunca antes se había visto, no en Dios, y menos en ellos mismos. Era a fin de que ahora se conozca lo multiforme que es la sabiduría de Dios, ahora cuatro mil años desde la creación. En todo ese tiempo, los ángeles siempre habían contemplado el rostro de Dios y habían estado estudiando las obras de la creación de Dios. ¡Pero nunca, hasta aquel día, habían visto algo así, nunca habían conocido lo que es la sabiduría multiforme de Dios, como ahora lo conocían por medio de la iglesia!... Y

**1. CONSIDERAREMOS LA ELECCIÓN DE LA PERSONA QUE SERÍA NUESTRO REDENTOR.** Cuando Dios diseñó la redención de la humanidad, su gran sabiduría se manifiesta en que determinó que su propio Hijo unigénito fuera la persona que realizara la obra. Él fue el redentor que Dios mismo escogió y al que llamó: “mi escogido” (Isa. 42:1). La sabiduría de escoger a *esta* Persona para ser el Redentor se manifiesta en el hecho de que en todo sentido era una persona totalmente apta para esta misión. Era necesario que el redentor fuera una persona divina. Nadie más que una persona divina podría ser suficiente para esta gran obra. La obra es infinitamente inadecuada para cualquier criatura. Era un requisito que el redentor de los pecadores fuera él mismo infinitamente santo. Nadie podía quitar el mal infinito del pecado más que alguien que fuera infinitamente distinto y lo opuesto al pecado. *Cristo es una persona apta en este sentido.*

Era un requisito el que la persona, a fin de ser apta para esta misión, fuera una de infinita dignidad y de mérito, para que tuviera la capacidad de merecer bendiciones infinitas. *El Hijo de Dios es una*

*persona apta en este sentido.* Era necesario que fuera una persona de infinito poder y sabiduría, porque esta obra es tan difícil que requiere alguien así. *En este sentido también Cristo es una persona apta.*

Era un requisito que esta persona fuera infinitamente amada por Dios el Padre a fin de que diera un valor infinito a sus transacciones, según la estimación del Padre, y que el amor de Dios por él equilibrara la ofensa y provocación de nuestros pecados. *Cristo es una persona apta en este sentido.* Por ello llamado “el Amado” (Ef. 1:6), él nos ha hecho aceptos *en el Amado.*

Era un requisito que la persona fuera una que pudiera actuar con derecho absoluto, uno que no fuera siervo o alguien sujeto a otro, porque si fuera alguien que no puede actuar por sí mismo, lo que hace no tiene ningún mérito. El que es siervo y que no puede hacer más de lo que está obligado a hacer, no tiene ningún mérito. Y el que no tiene nada que es realmente suyo no puede pagar ningún precio para redimir a otro. En este sentido, *Cristo es una persona apta,* y nadie más que una persona divina, puede serlo. Tiene que ser una persona de infinita misericordia y amor, porque ninguna otra persona que no fuera así emprendería una obra tan difícil a favor de una criatura tan indigna como es el hombre. En este sentido también, *Cristo es una persona apta.*

Era un requisito que fuera una persona en quien la verdad y fidelidad eran perfectas e inmutables. De lo contrario, no podríamos depender de ella para una cuestión tan grande. *En este sentido también Cristo es una persona apta.*

La sabiduría de Dios al escoger a su Hijo eterno no solo se muestra en que es una persona apta, sino también en que es la *única* persona apta entre todas las personas, sean creadas o no creadas. Ninguna persona creada, ni hombre, ni ángel, era apta para esta misión... La sabiduría divina se hace evidente al reconocer que él era una persona apta. Solo alguien con sabiduría divina podría haberlo reconocido. Solo alguien con sabiduría infinita podría haber pensado en él como redentor de los pecadores. Porque él, siendo Dios, es una de las Personas ofendidas por el pecado contra quien, por su pecado, el hombre se ha rebelado. ¿Quién más que el Dios infinitamente sabio hubiera podido pensar que él fuera el redentor de los pecadores *contra* quien ellos habían pecado, *de* quien eran enemigos, y *de* quien merecían un mal infinito? ¿Quién hubiera pensado en él como alguien que se fijara en el hombre y sintiera por él infinito amor y misericordia, y demostrara infinita sabiduría, poder y mérito al redimirlo? Sigamos:

**2. CONSIDEREMOS LA SUSTITUCIÓN DE ESTA PERSONA EN NUESTRO LUGAR.** Después de escoger a la Persona para ser nuestro Redentor, el próximo paso sabio sería planear la manera como llevar a cabo esta obra. Si Dios hubiera declarado quién sería la persona que haría esta obra y no hubiera hecho más nada, ninguna criatura hubiera podido pensar cómo tal persona podría realizar la obra. Si Dios les hubiera dicho que su *propio Hijo* tenía que ser el Redentor, que *solo* él era una Persona apta para esta obra, y que esa persona era en todo sentido apta y suficiente para ella, pero les hubiera propuesto que ellos planearan la manera como esta Persona apta y suficiente habría de proceder, podemos estar seguros de que todos los planes creados hubieran fracasado.

Lo primero que se necesitaba hacer era que este Hijo de Dios se convirtiera en nuestro Representante y Garante para así sustituir al pecador. ¿Pero quién, con la inteligencia dada por Dios, hubiera pensado en semejante cosa, que el eterno e infinito Hijo amado de Dios tomara el lugar de los pecadores, que tomara el lugar que le correspondía al pecador, al rebelde, al objeto de la ira de Dios? ¿Quién hubiera pensado que una persona de gloria infinita representaría a gusanos pecadores quienes, por pecar, se hicieron infinitamente rebeldes y abominables? Porque si el Hijo de Dios ha de sustituir al pecador, entonces el pecado de este tiene que ser cargado sobre *él*. En consecuencia, él se hace cargo de la culpa de los pecadores. Tiene que, por lo tanto, sujetarse a la misma Ley a la que está sujeto el hombre, tanto en los mandatos como en las amenazas. ¿Pero quién hubiera pensado en semejante cosa con respecto al Hijo de Dios? Pero sigamos adelante:

**3. CONSIDEREMOS LA ENCARNACIÓN DE JESUCRISTO.** El próximo paso de sabiduría divina al planear cómo Cristo realizaría la obra de redimir a los pecadores fue determinar su encarnación. Supongamos que Dios hubiera revelado sus planes hasta este punto: de que su propio Hijo era la persona escogida para esta obra, y que lo había sustituido en lugar del pecador y lo había escogido para asumir él mismo las obligaciones y la culpa del pecador, y no hubiera revelado más nada, sino que hubiera dejado el resto para que ellos lo resolvieran. No es probable que jamás se les hubiera ocurrido una manera como esta Persona en realidad cumpliera la obra de redención. Porque si el Hijo de Dios sustituyó al pecador tomando su lugar, entonces asumió también sus obligaciones. Por ejemplo, tiene que cumplir la obligación que tiene el pecador de vivir en perfecta obediencia a la Ley divina. Pero no es probable que una criatura pudiera concebir cómo sería eso posible. ¿Cómo puede una persona

que es Jehová eterno convertirse en un siervo, estar bajo la ley y ser obediente aun a la ley del hombre?

Repito, si el Hijo de Dios va a sustituir al pecador tomando su lugar, entonces asume la obligación del pecador de sufrir el castigo que el pecado del hombre merece. ¿Quién hubiera podido pensar que esto fuera posible? ¿Porque cómo podría una Persona divina, que es esencial, inmutable, e infinitamente feliz, sufrir agonías y tormentos? ¿Cómo podría él, que era el objeto del amor infinito de Dios, sufrir la ira de su Padre? No se debe suponer que la sabiduría humana hubiera encontrado una manera de salvar estas dificultades. Pero la sabiduría divina ha encontrado una manera, siendo esta la encarnación del Hijo de Dios: que el Verbo fuera hecho carne, para que sea Dios al igual que hombre en una persona. ¿Qué inteligencia humana hubiera podido concebir que algo así fuera posible?...

¿Y si Dios les hubiera revelado que *sí era* posible y aun que así tendría que ser, pero los hubiera dejado para que ellos mismo averiguaran *cómo* debía ser? Es fácil imaginar lo intrigados y confundidos que hubieran estado al tratar de concebir una manera de unir al hombre con el Hijo eterno de Dios de modo que fueran solo una persona, hacer uno de aquél que es realmente un hombre en todo sentido, y del propio Hijo de Dios que estuvo con Dios desde toda la eternidad. Este es un gran misterio para nosotros. ¡Cómo puede una persona que es infinita, omnipotente e inmutable llegar a ser, en un sentido, un hombre finito, débil, un hombre sujeto a nuestras debilidades, pasiones y calamidades! El gran Dios, el *Soberano* del cielo y de la tierra, se convierte de este modo en un gusano del polvo. “Mas yo soy gusano, y no hombre” (Sal. 22:6). ¡Él, que es eterno y coexistente es por esta unión nacido de mujer! ¡Él, que es el gran Espíritu original se viste de carne y sangre como uno de nosotros! ¡Él, que es independiente, autosuficiente, y todo poderoso, necesita ahora alimento y ropa! Se hizo pobre y no tuvo “dónde recostar su cabeza” (Mat. 8:20), inecesita ahora de la caridad de los demás, y de ella se mantiene! ¡Como es posible que esto suceda, es algo que sobrepasa nuestro entendimiento! Es una gran maravilla y un misterio para nosotros, pero no es un misterio para la sabiduría divina.

**4. LO PRÓXIMO A CONSIDERAR ES LA VIDA DE CRISTO EN ESTE MUNDO.** La sabiduría de Dios se manifiesta en las circunstancias de su vida y en la obra y en los negocios de su vida.

(1) **Las circunstancias de su vida.** Si Dios hubiera revelado que su Hijo se encarnaría y que viviría en este mundo teniendo naturaleza humana, y hubiera permitido que los hombres determinaran qué



circunstancias de la vida serían las más apropiadas para él, la sabiduría humana hubiera determinado que debía aparecer en el mundo en toda su magnificencia, con señales extraordinarias de honra, autoridad y poder por sobre todos los reyes de la tierra; que aquí debía reinar sobre todas las naciones con gran pompa y un esplendor visible. Tal hubiera determinado la sabiduría de los hombres antes de que viniera Cristo. Los sabios, los grandes hombres entre los judíos, escribas y fariseos llamados “príncipes de este siglo” (1 Cor. 2:6-8), esperaban que el Mesías apareciera de este modo. Pero la sabiduría de Dios escogió lo contrario. Escogió que cuando el Hijo de Dios tomara forma humana, comenzara su vida en un establo; que por muchos años viviera en el anonimato en una familia de posición baja en la sociedad, y que se encontrara en circunstancias externas humildes, que fuera pobre y que no tuviera dónde recostar la cabeza, que fuera mantenido por la caridad de algunos de sus discípulos, que creciera “cual renuevo delante de él, y como raíz de tierra seca” (Isa. 53:2), que no “gritará, ni alzaré su voz, ni la hará oír en las calles” (Isa. 42:2), que llegara a Sión humildemente “cabalgando sobre un asno, sobre un pollino hijo de asna” (Zac. 9:9; Mat. 21:5), que fuera “despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto” (Isa. 53:3).

Y ahora que explicado la determinación divina en este asunto, podemos concluir con toda seguridad que es la más adecuada y que no hubiera sido del todo adecuado para Dios, cuando se manifestara en la carne, hacerlo con pompa, riquezas y grandeza terrenal. ¡No! Estas cosas son totalmente inferiores y despreciables como para que el Hijo de Dios aparentara quererlas o estimarlas. Los hombres, de haberseles propuesto esto, enseguida lo condenarían como necio y muy inapropiado para el Hijo de Dios. Pero “lo insensato de Dios es más sabio que los hombres” (1 Cor 1:25). Dios ha descartado la sabiduría de este mundo y los príncipes de este mundo (1 Cor. 2:6). Cristo, por aparecer en circunstancias externas inferiores y bajas en el mundo, mostró su desprecio por toda la riqueza y gloria mundana, y nos ha enseñado a nosotros a despreciarlas. ¡Si es apropiado que las desprecien los hombres, cuánto más lo es para el Hijo de Dios! De este modo Cristo nos ha enseñado a ser humildes de corazón. ¡Si él, que era infinitamente superior y grande fue humilde en esto, qué humilde hemos de ser nosotros que somos tan viles!

**(2) La sabiduría de Dios se manifiesta en la obra y en los negocios de la vida de Cristo.** Especialmente, en que debía obedecer a la perfección la Ley de Dios bajo tentaciones tan grandes; en que tendría conflictos con los poderes de la tierra y el infierno y los vencería a favor nuestro

con su obediencia; en que se sujetaría no solo a la Ley Moral, sino también a la ceremonial, ese pesado yugo de la esclavitud. Cristo dedicó el tiempo de su ministerio público a entregarnos las instrucciones y doctrinas divinas. La sabiduría de Dios se manifiesta al darnos a Aquel para ser nuestro Profeta y Maestro, quien es una persona divina, que él mismo es la sabiduría misma y el Verbo de Dios y existió desde toda la eternidad en el seno de su Padre. Su palabra tiene más autoridad y peso que si hubiera sido entregada por boca de un profeta común. Y qué sabiamente ordenó que él mismo fuera nuestro Maestro y Redentor a fin de que sus relaciones y oficios como Redentor hicieran más dulces y queridas las instrucciones que nos dejó. Estamos listos para prestar atención a lo que nuestros seres queridos nos dicen. Nuestro cariño por ellos nos lleva a deleitarnos en las cosas que dicen. Por lo tanto, es sabio que Aquel que tanto ha hecho para ganarse nuestro cariño fuera nombrado como nuestro gran Profeta para entregarnos sus doctrinas divinas.

**5. LO PRÓXIMO A CONSIDERAR ES LA MUERTE DE CRISTO.** Este es un camino de salvación para pobres pecadores que hubiera elegido ningún otro, que no fuera la sabiduría divina. Cuando fue revelado, fue sin duda una gran sorpresa para las huestes celestiales, las cuales nunca dejarán de maravillarse por ello. ¡Cuán asombroso es que una Persona que es por siempre bendecida y es infinita y esencialmente feliz soportara los peores sufrimientos que jamás se soportaran en la tierra! ¡Que una persona que es el Señor y Juez supremo de la tierra compareciera acusado ante un tribunal de justicia de gusanos mortales, y fuera condenado! ¡Que una Persona que es el Dios viviente y la fuente de vida fuera ajusticiada! ¡Que una Persona que creó el mundo y da vida a todas sus criaturas fuera ajusticiada *por sus propias criaturas*! Que una Persona de majestad y gloria infinita, y por lo tanto objeto de amor, alabanzas y adoración de los ángeles, fuera objeto de burlas y escupidas por parte de los hombres más viles. Que una Persona, infinitamente buena y que es el amor mismo, sufriera las peores crueldades. Que una Persona que es infinitamente amada por el Padre tuviera que sufrir una angustia inexpresable bajo la ira de su propio Padre. Que él, que es Rey del cielo, que tiene al cielo como su trono y a la tierra como el estrado debajo de sus pies, fuera sepultado en la prisión de una tumba. ¡Qué sobrecogedor es esto! No obstante este es el camino que la sabiduría de Dios ha determinado como el camino de salvación para los pecadores, que no considera inapropiado ni deshonoroso para Cristo.

**6. LO ÚLTIMO REALIZADO PARA PROCURAR LA SALVACIÓN DE LOS PECADORES FUE LA EXALTACIÓN DE CRISTO.** La sabiduría divina

consideró que era necesario, y muy apropiado, que la misma Persona que murió en la cruz se sentara a la diestra del Padre, en su propio trono, como Soberano supremo del mundo, y que tuviera específicamente en sus manos todas las cosas relacionadas con la salvación del hombre, y que fuera el Juez del mundo. Esto fue necesario porque el requisito era que la misma Persona que compró la salvación fuera el que la concediera. Porque no sería apropiado que Dios hiciera ninguna transacción misericordiosa con la criatura caída de ninguna otra manera que por medio de un mediador. Esto es principalmente para el fortalecimiento de la fe y el consuelo de los santos: que a Aquel que ha soportado tanto para comprar la salvación para ellos, se le entreguen todas las cosas en el cielo y en la tierra, para que conceda vida eterna a aquellos para quienes la compró, y que esa misma persona que tanto los amó y derramó por ellos su preciosa sangre fuera su Juez final.

Esto pues fue otra cosa llena de maravillas: que Aquel que fue hombre al igual que Dios, que fue siervo y murió como un malhechor, fuera hecho Señor soberano del cielo y de la tierra, de los ángeles y de los hombres; el que determina absolutamente la vida o la muerte eterna; el Juez supremo de todos los seres inteligentes creados para la eternidad; y que hubiera confiado en sus manos el poder soberano de Dios el Padre, y que no solo como Dios, sino como *Dios-hombre*, lo cual incluye una naturaleza humana.

Es maravilloso pensar que una Persona que es realmente divina se humillara al punto de convertirse en un siervo y sufriera como un malhechor, y es igualmente maravilloso que el que es Dios-hombre, sin excluir su naturaleza humana, fuera exaltado al poder y honor del gran Dios del cielo y la tierra. Pero semejantes maravillas como estas son las que fueron programas y realizadas para que tuviéramos salvación.

De "The Wisdom of God Displayed in the Way of Salvation" (La sabiduría de Dios demostrada en el camino de salvación) en *The Works of Jonathan Edwards* (Las obras de Jonathan Edwards), Tomo 2, reimpresso por Banner of Truth Trust.

---

**Jonathan Edwards:** (1703-1758): Predicador congregacional norteamericano; considerado uno de los teólogos evangélicos norteamericanos más grandes, y conocido por su predicación en la época del Gran Despertar; nacido en East Windsor, Colonia de Connecticut.

